

# Estudios LA MENNAIS



## RECIBIDOS DE DIOS

Hermano Josu Olabarrieta  
Mayo 2012

Anexos realizados por Laura José y los HH Arturo y Benito

## *Presentación*

*En continuidad con la serie de fascículos, aparecidos con el nombre de "Estudios menesianos", que dieron lugar a investigaciones históricas sobre los inicios fundacionales, este primer cuaderno inaugura una nueva revista menesiana: "Estudios La Mennais" ("La Mennais Etudes"). El Hno. Josu Olabarrieta, director de esta revista, deja el terreno puramente histórico de las publicaciones precedentes para interesarse más directamente por lo que nutre el Carisma Menesiano hoy.*

*Estos cuadernos, que serán traducidos sistemáticamente a las tres lenguas principales de la Congregación, van a proponer a los Hermanos y a los Laicos de la Familia Menesiana algunos contenidos formativos en los campos de la espiritualidad y de la pedagogía menesianas. Van a ofrecer así, tal como lo desea el Capítulo General del 2012, documentos que sirvan como recurso para la Formación inicial y permanente de unos y otros.*

*Apoyándose tanto en el testimonio de la vida de Juan María de la Mennais como en sus escritos, esta nueva revista pretende invitarnos a entrar en el espíritu de nuestro fundador. Ofrecerá al lector, independientemente de su estado de vida, su profesión y su vida, algunos materiales para seguir a Juan María de la Mennais en su escucha al espíritu de Dios y en su preocupación por servir humilde y generosamente a sus hermanos, sobre todos los más pequeños de entre ellos. Nos va a introducir en sus pensamientos y en su corazón, como un camino seguro para seguir a Cristo. Intentará evidenciar a partir de la experiencia vivida de nuestro fundador, todo lo que, todavía hoy, nutre el alma y da sentido a la vida.*

*Tendrá un lugar preferente la Palabra de Dios, tal como lo exige un proyecto así. Pero a lo largo de estas páginas, el Hermano Josu dará también la palabra, como lo hace ya en este primer cuaderno, a autores espirituales, y también a Laicos o Hermanos cuyos testimonios de vida nos van a ayudar a percibir mejor la actualidad y vitalidad del Carisma. Serán puertas abiertas que van a iluminar con matices de luz y de color el cuadro que se presenta y que van a remitir a las propias vivencias del lector. Serán como llamadas a releer la propia vida y a captar de qué forma Dios habla, obra y nos transforma con amor.*

*El primer número abre un camino. Vamos a seguirlo con el autor. Seguiremos con él un itinerario que nos hará visitar un paisaje interior que a lo largo de los números, nos hará comprender mejor lo que es ser "menesiano". Nos vamos a reconocer en él. Tal vez, también, se nos invitará a dejar los caminos trillados para dejarnos llevar por caminos nuevos. Porque, como lo dice el autor, "la espiritualidad no es sino la vida con espíritu, la vida que respira, la vida alentada y empujada por el soplo, la brisa o el huracán". Y cuando el Espíritu actúa, es como el viento que no se sabe ni de dónde viene ni a dónde va.*

*Estamos invitados a dejarnos guiar. Es ésa la actitud fundamental – tal como lo sugiere este número primero- a la que nos llama el trato familiar con Juan María de la Mennais: recibirse de Dios para dejarle que nos moldee a su imagen.*

*Gracias al Hermano Josu por introducirnos en el secreto de vida de Juan María de la Mennais y hacernos paladear.. Esperamos hacer con él este camino y continuar encaminándonos hacia lo que el porvenir nos reserva como aperturas nuevas y fecundas.*

Hermano Yannick Houssay, s. g.

## Introducción

Nadie pone en duda que la vida de Juan María de la Mennais es una vida plenamente "espiritual", en el más hondo y sano sentido de esa palabra. Toda su vida estuvo "al aire del Espíritu", que desde el inicio le fue conduciendo por mil caminos que él acogía en disponibilidad y apertura. Si a los veintisiete años, reponiéndose de la enfermedad, escribía con humor: "no pierdo la esperanza de morir en buena salud", cuando hace siglo y medio emprendía rumbo a la eternidad se podría cincelar en su tumba: "Murió de exceso de vida", porque vivió desde Dios, y Él lo llenó de vida en abundancia.

Nos resultaría fácil el hacer una lista de temas que nos son familiares en la espiritualidad de Juan María y saldrían enunciados como "Dios Solo", "Confianza en la Providencia", "Al servicio de la Iglesia", "Humildad"... y un amplio acompañamiento de materias.

Pero al querer poner orden, prioridades, sistematización en este temario, corremos el riesgo de dejar el más importante, muchas veces no explicitado, pero que es la base de su espiritualidad, como de toda espiritualidad cristiana y humana. A ella dedicamos este cuaderno, con la intención de que más que aprender citas, intuiciones de Juan María, conocer anécdotas significativas de su vida, nos sintamos atraídos, llamados y urgidos por Alguien a vivir la plenitud de vida a la que todos - y entre ellos, Juan María - estamos invitados cada día.

El tema de fondo de la vivencia de Juan María de la que todo se deriva, la experiencia fundante y central es la de "**ser recibido de Dios**", la experiencia de ser originado, de sentir que no tiene en él la raíz y razón de su ser, y de recibirse a sí mismo y toda su vida como un don de Alguien que lo precede. La experiencia de "recibir la vida y recibirse en ella"

Esta experiencia originante es la de reconocer su precedencia absoluta; su "prévenance", su condición de anticipación amorosa en relación con nuestra vida; es reconocer con el salmista: "Todas mis fuentes están en ti".

## 1 - CONCIENCIA DE SER SUJETO PASIVO.

Es imposible tratar de comprender la acción, las actitudes vitales de Juan María, los grandes ejes de su pensamiento, si no vemos misteriosa y fuertemente presente la experiencia de sentirse hijo. De ahí le viene su confianza alegre y segura en el Providente que lo cuida. Por ser hijo amado, no puede pensar sino en cumplir su voluntad en todo, sin más brújulas en el camino que Dios Solo. Por la firmeza incommovible que le da el saberse cobijado en las manos grandes de un Padre-Madre, podrá abrazarse a la cruz y a aceptar serenamente todos los Getsemaníes de su existencia... Juan María desde siempre se supo envuelto en la experiencia de Alguien que lo precedía, lo había encontrado con anterioridad.

No fue por su voluntad de querer, de buscar, por la que se abrió al Invisible. Dios no puede ser la contestación a ninguna pregunta. Si fuese así, quedaría convertido en un ídolo, en un objeto, en un concepto, en una respuesta. Todos sabemos que si Dios es algo superior a nosotros, la iniciativa debe partir de El. La actitud frente a Dios, como saben todos los místicos, es más pasiva. No buscamos la verdad, es la Verdad la que nos busca.

Precisamente una de las grandes dificultades que tenemos en la vida es la que algún autor ha denominado como "epistemología del cazador"; esto es, salir con la escopeta del conocimiento, de la razón, a ver si doy alcance al objeto, a ver si lo aprehendo.

Pero la experiencia de Dios exige una actitud inversa: hay que dejarse fecundar, sobrecoger: dejarse prender, conocer, permitir que la experiencia tenga lugar en nosotros.

Juan María se sabía previamente habitado: Su experiencia central no es mirar, sino ser mirado; no es amar, sino ser amado.

En esta dirección, San Pablo, hablando del conocimiento de Dios, dirá: «entonces conoceremos, o mejor, seremos conocidos por él» (Gal 4,9) y Juan María utilizará una expresión similar :

"Hijos míos, les lo repito, es preciso que en este Retiro, todos sin excepción, se empapen de ese espíritu, o mejor que recen a Dios, que le pidan con humildad profunda y vivo ardor, que (Dios) les empape de él"<sup>1</sup>.

### a - Mirados por Él

Cuando nos acercamos a Jesús, como lo hicieron todos los personajes del evangelio, lo primero que percibimos es que Él nos mira, que es un experto en miradas. El evangelio dice que "*vio* a Mateo sentado en el telón", que "*vio* a Zaqueo subido a la higuera", que "*vio* a Pedro" después de la tercera negación y que *vio* a su madre y al discípulo amado al pie de la cruz. La mirada de Jesús desvela las raíces de lo que nos pasa y simultáneamente cura los síntomas.

Si tomamos como centro el cántico del Magnificat, leemos maravillados: "Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador, **porque ha mirado** la humillación de su esclava" María que se sabe mirada así, se alegra hasta las raíces más hondas de su ser. De esa alegría nace, como de un manantial, el agua viva de su alabanza: "*Engrandece mi alma al Señor...*"

Esto es lo primero que se aprende del Magnificat si se quiere vivir "habitados" por él: que, antes de cualquier otra cosa, lo que tenemos que hacer es algo tan sencillo como "dejarnos mirar" por Dios, sentirnos acogidos y envueltos en su ternura, en su perdón, en su amor incondicional, y eso, seamos como seamos, porque lo que El mira en nosotros no son nuestras buenas o malas acciones, equivocaciones, méritos, errores y cualidades.

"Hija, quédate en paz, no porque eres buena, sino porque Dios es bueno, porque es Padre"<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> S. VII 2295

<sup>2</sup> A la Srta. Jallobert, reproducido en el *Memorial*, 126.

Lo que el Padre ve en nosotros es la imagen de su Hijo y en El estamos "enriquecidos en toda clase de dones" (1 Cor. 1,5), algo que sabía bien Juan de la Cruz cuando escribía:

"...que bien puedes mirarme  
después que me miraste,  
que gracia y hermosura  
en mí dejaste".

Por eso lo que nosotros tenemos que "hacer" es no empeñarnos en hacer ni decir nada, sino abrir nuestra conciencia a ese amor que se inclina hacia nosotros, dejarnos querer y mirar, soltar los remos e hinchar las velas de nuestra barca, abandonarnos confiadamente al viento y a la corriente que nos llevan.

"Tengamos pues, en el futuro, más cuidado que el que hemos tenido hasta ahora, para mantener siempre a nuestra alma en cierto modo entre nuestras manos, bajo los ojos de Dios, con el fin de que no obre más que por su Espíritu y movida por su gracia."<sup>3</sup>

Y esa mirada envolvente, arropadora, de incondicional acogida permanece siempre, por encima de avatares y dolores, de experiencias difíciles y momentos de silencio. Hay momentos en que los acontecimientos parecen sobrepasarnos, la realidad es dura y opresiva, el sentido de la vida parece desdibujarse. En esos momentos nos queda sólo permanecer, caminar en la pura desnudez de la fe, en la certeza de que

"si Él te oculta un instante su amable rostro, sus ojos no dejan de estar fijos en tí"<sup>4</sup>

Dejarnos mirar por Dios cada mañana, aceptar que Él nos transfigure los ojos para ver la historia, las personas, los acontecimientos con esa mirada lúcida y limpia, que revitalizará nuestra misión entre los niños y jóvenes.

Así podremos vivir la vida con espiritualidad, porque ésta no es sino la vida con espíritu, la vida que respira, la vida alentada y empujada por el soplo, la brisa o el huracán.

La espiritualidad es vivir en el Espíritu que habita en todos los seres, en el Espíritu que acompaña y consuela, que libera y da anchura, que nos hace prójimos y compasivos, nos hace capaces de paz y de armonía, *nos enseña a mirar* a todos los seres con atención, respeto, miramiento.

*Nos permite ver* que todo es sagrado y admirarlo y cuidarlo<sup>5</sup>.

Como dicen también los *Upanishads* indios, no es lo que el ojo ve, sino El que ve en el ojo; no es lo que el oído oye, sino El que oye en el oído; no es lo que el pensamiento piensa, si no El que piensa en el pensamiento; no es lo que los sentidos sienten, sino El que siente en todos los sentidos ...

"El ojo que ves no es  
ojos porque tú lo veas;  
es ojo porque te ve."

O también

"Los ojos porque suspiras,  
sábelo bien,  
los ojos en que te miras  
son ojos porque te ven."  
(A. Machado)

<sup>3</sup> Sermones "Medios para conservar los frutos del Retiro". T. II p. 654

<sup>4</sup> A la Sra. Jallobert, el 4 de agosto de 1815.

<sup>5</sup> Cf. Jose Arregi *Espiritualidad para hoy*

Acaba de tener su primer nieto. El ser abuelo ha sido una experiencia cumbre, experiencia que ha ido cultivando con mimo durante los meses de gestación de su nuera. Una experiencia que le ha renovado o multiplicado o profundizado la experiencia de padre.

El nieto ha tenido que nacer un poco antes de tiempo, y tiene dimensiones y peso reducidos.

- "Hemos estado una hora contemplándonos", confiesa el abuelo alborozado. "Lo tenía en mis manos, casi con una sola podría sostenerlo, y hemos pasado una hora, lenta, plena mirándonos, admirándonos"

- "Pero si con estos días, los niños no ven, no perciben ni siquiera los contornos."

.....

Me mira con ojos de pena, y un poco de reproche porque no llego a comprender esa realidad tan viva para él de sentirse mirado por su nieto. "No es problema de sentidos, sino de "sentido".

Siento la presencia de Dios en la creación. Me siento *mirado y envuelto* cuando paseo por el campo, subo una montaña o contemplo el fluir del agua de un río. Ante una flor, la hierba que brota o el árbol que florece, me siento pequeño, parte de algo más grande, criatura.

Me siento *mirado* en el encuentro con el hermano. De forma especial, últimamente, en el encuentro con las personas mayores. Puede parecer una tontería, pero cuando toco esos rostros y esas manos, labradas por el tiempo y el trabajo, esas manos llenas de surcos, casi transparentes, me siento mirado por la grandeza de Dios, que se sirve de lo humilde, lo pequeño, lo humano, para llegar a mí. Y en el encuentro con el hermano los silencios no me importan. Los siento habitados. Y, lo mismo que sentía en el encuentro con la creación, lo siento en este encuentro con el "culmen de la creación".

## ANEXO I

### Para interiorizar el apartado: Mirados por él

- ¿Te animas a narrar una experiencia similar a la experiencia del abuelo?
- Qué imagen de dios se esconde detrás de esta expresión: portate bien, que Dios te mira
- Elige un párrafo y vuelve a leerlo, rezalo,...
- Elige un texto de los propuestos y reza con él, poniendo atención en la mirada amante de jesus. Lc 1,46-56; Lc 5, 27-28; Lc 19, 1-10; Mc 10,17-22

## b - Amados por Él

• *Amor de Dios*: En esta expresión se da de nuevo un cambio radical de acentos y de sentido. Esta “conversión intencional” supone que Dios no es mero objeto del deseo del hombre, que lo absolutamente decisivo es el amor que Dios tiene al ser humano, que le capacita para la posible llamada que le haga, que le dilata el corazón para hacerle capaz de recibirla.

El amor de Dios consistirá fundamentalmente en dejarse amar por Él, en aceptar ser amado, en acoger su amor, o en corresponder a un amor previo de Dios a nosotros que suscita nuestro amor por Él.

Juan María expresará con admiración sobresaltada esa realidad tan radical que sobrepasa la compresión humana y le deja sin palabras (es una realidad *inefable*): Dios que se complace en amar al hombre, y que encuentra en ese amor su descanso. Incomprendiblemente, es Dios quien busca al hombre y se goza en su encuentro.

“Requiescat super eos Spiritus Domini. (Descanse sobre ellos el espíritu de Dios) ¡Qué promesa!. Este descanso de Dios en una alma es inefable. ¿Quién podrá comprender y contar estos secretos del amor, estos misterios del cielo? ¡Un alma bien amada por el espíritu de Dios!”<sup>6</sup>

• Es más, el ser humano es, por gracia, esencialmente “amable”, digno de amor y de atracción de la mirada afectuosa de Dios. En el cántico de Lc 2,14 se oye el mensaje de los ángeles que proclaman: «Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres que él ama...». “Qué Él ama”. Es una buena manera de traducir la palabra griega eudokia («parecer bien»), que tiene detrás un término hebreo que en el AT designa el sentimiento subjetivo de complacencia, aspiración, deseo, amor, alegría..., la misma raíz que se usa para decir que alguien está enamorado (cf. Gn 34,19).

Y ese componente de «complacencia» que expresa la palabra eudokía hace posible traducir así el himno de los ángeles: «Estén en paz (tranquilidad, armonía, plenitud de gozo...), porque “le parecen bien” a Dios, porque “le caen en gracia”, porque les ama gratuitamente y tiene puesta en ustedes su complacencia...».

Ése es el verdadero sentido de esa expresión que durante mucho tiempo se tradujo como «paz a los hombres de buena voluntad» y que parecía dar a entender que esa paz está destinada sólo a la gente buena y deja fuera a los que no lo son, reforzando nuestra tendencia a pensar que Dios nos quiere si somos buenos previamente: ¡justamente lo contrario de lo que el texto dice al anunciar el amor incondicional que es propio del Padre!

Y Juan María - ¡qué hermosa coincidencia! - tiene un texto fuerte en que hace síntesis de los dos polos del cántico de los ángeles en el evangelio de Lucas: Gloria y paz. Gloria de Dios, paz del ser humano que Dios ama tanto.

“A Él le gusta vernos dormir en su seno: *nuestra paz es su gloria*. Este pensamiento es muy consolador y el corazón cristiano que lo medita se siente maravillado con ello.”<sup>7</sup>

Se percibe como un eco de “la gloria de Dios es el hombre vivo”<sup>8</sup> de San Ireneo de Lyon. Frase que se remonta a los inicios del cristianismo en el siglo II y que golpea cada vez con más fuerza la conciencia religiosa actual. La finalidad de las presencias de Dios en la vida humana es afirmar y lograr su plenitud.

Con Juan María se expresa de forma tan osada: lo que Dios quiere, busca, por lo que trabaja es por la plenitud del ser humano. Su *gloria*, su plenitud, la alcanza cuando se logra *la paz*, la plenitud de la vida humana.

• En esta experiencia viva de sentirnos referidos a una fuente de la que mana todo, (la que explica nuestra sed), en esta experiencia de búsqueda que surge de un previo encuentro (“te

<sup>6</sup> Mémorial 70-71

<sup>7</sup> Memorial 13.2

<sup>8</sup> Adversus Haereses, IV, 20, 7

busco porque tú me has encontrado", no hay experiencia más honda y más verdadera que la que tuvo Jesús y condensó en la expresión de Dios como Abbá. Si nos resulta difícil tomar a Jesús en serio y vivir como él vivió, es porque todavía no hemos experimentado a Dios como nuestro abbá. La experiencia de Dios como abbá fue la fuente de sabiduría de Jesús, de su claridad, su confianza y su libertad radical. *Sin esto es imposible comprender por qué y cómo hizo las cosas que hizo.*

La experiencia de la paternidad, especialmente en su sentido pasivo, la experiencia que todos tenemos, es en primer término la experiencia del ser originado. Del ser desde un más allá personal de nosotros mismos, con la doble valencia significativa de no tener en nosotros la raíz y la razón de nuestro ser, y de recibirla como un don de alguien que nos precede. "Ser hijo es recibir la vida y recibirse en ella" (M. Henry). La realidad más radical en Juan María viene definida por él :

"Todo viene de la mano del Padre celestial"<sup>9</sup>

Ser hijo es ser, antes que nada, objeto de una entrega, que no consiste primariamente en la alimentación y el cobijo físico, sino en el amparo personal. De forma que lo más importante de la entrega, sin la cual el hijo queda imperfecto en su condición de hombre, es proporcionarle un espacio espiritual de desarrollo de sí mismo. Llamar a Dios padre es llegar al fondo de nosotros mismos, ese fondo en el que perdemos pie, ese fondo desfondado del que no disponemos, y descubrir y reconocer en él "un abismo sin fondo del que (surge), viniendo no sé de donde, el chorro que me atrevo a llamar *mi vida*"<sup>10</sup>.

Y para vivir esta experiencia de hijo amado por Dios padre-madre, no hay que hacer nada excepcional, no es cuestión de esfuerzos voluntaristas, se precisa solamente consentir, dejarnos atraer, permitir adelgazar nuestro ego para llegar a la pura sencillez.

"Exponer nuestras miserias a *nuestro Padre que está en los cielos*, con humilde confianza. No hacer al rezar, violentos esfuerzos por elevarnos a altas consideraciones; cuando el nos llama y nos atrae, seguir el rastro de su gracia, ir a él con la sencillez de un niño pequeño, que se deja conducir de la mano."<sup>11</sup>

Dos notas importantes se desprenden de este texto, notas que fueron características en la vida de Juan María de la Mennais: la «connaturalidad» presente en el interior de la persona y del descentramiento del sujeto hacia el centro de gravitación que origina el amor de Dios en él.

Descentrarse de sí mismo para centrarme sólo en Dios, para seguir el rastro de su gracia que atrae. Abandonar las imágenes y las palabras que, sin querer, intentan aprisionar la realidad absolutamente desbordante de Dios.

Y caminar como un niño, sencillo, confiado, que no hace ningún esfuerzo por seguir el camino llevado de la mano.

• Hay razón para decir: "La desesperanza que embarga a los humanos procede de su olvido de la condición de hijos ..."<sup>12</sup>. Para responder a esa desesperanza dice el salmista: "Si mi padre y mi madre me abandonan, el Señor me recogerá". La pequeña fuente de la que procede inmediatamente el río de la vida del hijo, necesita, para no verse expuesta al sinsentido, el manantial inagotable de vida, de bien, de sentido, de belleza, que asegura plenamente Dios. Esta necesidad es la que se expresa en la invocación de Dios como padre-madre. Por eso se ha podido decir que la experiencia en que esa invocación se sustenta, es la experiencia de Dios por excelencia, y el nombre de Padre-madre es el nombre propio de Dios.

La condición de Dios «madre» es concepción que aparece ya en el Antiguo Testamento como metáfora de Dios. Un amor radical, tierno, incondicional, que se expresa en actitudes y gestos esencialmente maternos. Si en ocasiones las relaciones de Yahvé con el pueblo habían tenido los acentos jurídicos de alianza, en otras ocasiones aparecen como trato de un niño con

<sup>9</sup> Memorial 84

<sup>10</sup> Theillard de Chardin. *Le Milieu Divin*. ÉDITIONS DU SEUIL , Vol. 4, Œuvres complètes.1957. Pag 75

<sup>11</sup>Memorial 18-19

<sup>12</sup> A. Gesché, *Dieu pour penser. Le Christ*, loc. cit., p. 218, n.1

su madre, y por tanto, las cuentas que pide Dios al pueblo pasan de la fórmula de juicio, a la exposición del dolor estremecido, entrañable de una madre... y por tanto, sólo podrá quedar un amor indefectible.

« Cuando Israel era niño, lo amé, y desde Egipto llamé a mi hijo. Cuanto más los llamaba, más se alejaban de mí... Con correas de amor los atraía, con cuerdas de cariño. Fui para ellos como quien alza a una criatura a las mejillas, me inclinaba y les daba de comer... ¿Cómo podré dejarte Efraín; entregarte a ti, Israel?... Me da un vuelco el corazón, se me commueven las entrañas" (Oseas, 11, 1 y ss)

La mayoría de las personas que han profundizado en la vida de Juan María y comenta sus rasgos característicos, subrayan sus capacidades de emprendedor, su dotes organizativas, su vocación espléndida de gestor. Y pueden recurrir a imágenes vigorosas (corsario, coraje de fuego, restaurador de cristiandad...) Pero hay que reconocer que, siendo eso cierto, su vida espiritual estaba mucho más marcada por expresiones llenas de sencillez y afectividad espiritual. En muchas fórmulas oracionales de Juan María y en su concepción espiritual aparecen intensamente las notas de una oración afectiva, cargada de acentos maternales. El cuidado amoroso de Dios – la Providencia – como ala que cobija, mano que levanta y conduce, seno que envuelve y sosiega.

Su concepción de Dios llega a cimas sorprendentes, por su hondura y osadía, como la siguiente en que a partir del salmo 99, llega a afirmar que el deseo esencial de Dios es dar a luz en nosotros su misericordia. El se siente amado por Dios de una manera fontal, porque Dios tiene sólo vocación de amor.

"Todavía más, somos su pueblo, las ovejas que lleva su mano, escuchará nuestro lamentos, porque está lleno de bondad, de compasión para los que lo invocan: y según el hermoso pensamiento de san Juan Crisóstomo, aspira a dar a luz en nosotros su misericordia con la misma ansia con que una mujer en parto espera el momento de su liberación."<sup>13</sup>

En la vida diaria...

Por chocante que parezca y sea, unos momentos importantes de experimentar a Dios como Padre-madre han sido para mí cuando muere María, nuestra primera hija.

Había sido esperada tan largamente, habíamos puesto tantas esperanzas en ella...y de pronto un hecho inesperado e incomprensible es capaz de dar la vuelta a la propia vida. ¿Cómo puede consentir esto el Dios de la Vida?

Todo se trastoca, hay que renunciar a la propia comprensión de Dios, porque Él está por encima de mis imágenes, de la idea que yo me he fabricado de Él.

Dejar que Dios sea Dios.

Y en el dolor, me siento misteriosamente, incomprensiblemente mirado, mimado, acompañado, querido, cuidado, desbordado por su presencia. Es una corriente que me envuelve y acompaña.

Siento al Dios sufriente que sufre conmigo pero que es mucho más. Se escapa de mis miradas reduccionistas. Y provoca en mí confianza...

<sup>13</sup> Circular de Juan María, como vicario capitular de Saint-Brieuc , 1815.

## **ANEXO II**

### **Para interiorizar el apartado: Amados por él**

- Busca estos textos y lo medítalos un momento: 1 Juan 4,8-16; Juan 3,16; Juan 17,23
- Seguramente haciendo una visualización de las caras de las personas que están en tu vida, puedes encontrar una a la que das amor incondiciona. Piensa en ella. Escribe actitudes, comentarios, situaciones que demuestran ese amor hacia esta persona.
- Escribe un hecho concreto donde hayas percibido más claramente el amor de Dios, y que quizás te hayas dado cuenta a la distancia.
- ¿Qué pensás de esta frase que hemos escuchado mil veces... "Dios quiere a los buenos"? ¿La has repetido? ¿A quienes?
- ¿Tenés experiencia de hijo/a de Dios?
- ¿Qué consecuencias tiene eso en tu vida?
- Elije un párrafo del apartado "Amados por él" que te llame la atención: relee, rezalo y escribe tu oración.

## c - Trabajados por Él

- "Concede, Señor, a nuestros cuerpos fatigados el descanso necesario, y haz que la **simiente del Reino**, que con nuestro trabajo **hemos sembrado** hoy, crezca y germe para la cosecha de la vida eterna". Así dice una oración litúrgica y hay otras muchas que se expresan en tonos similares. Mal entendidas, nos hacen vemos como afanados labradores que trabajan de sol a sol, y el Reino de Dios como un vasto campo que germina con nuestros sudores.

(Y en el verdadero sentido de la expresión bíblica, el Reino de Dios es Dios mismo; Dios mismo desde un punto de vista concreto, el de su actuación en este mundo y en esta historia nuestra)

Frente a esa imagen que podemos hacernos, el evangelio nos habla del Reino – la acción de Dios en este mundo y esta historia- como una semilla que un hombre siembra; "duerme de noche y se levanta por la mañana y la semilla germina y va creciendo, sin que él sepa cómo. La tierra va produciendo la cosecha ella sola: primero los tallos, luego la espiga, después el grano en la espiga." (Mc. 4, 26- 29)

De nuevo otra "inversión intencional": no somos nosotros los que trabajamos por Dios, es Él quien trabaja en nosotros y por nosotros. Nuestro único trabajo es consentir a su acción, abrir de par en par nuestro espíritu y voluntad para permitir ser llevados por su impulso.

Otras expresiones como "extender el Reino", "edificar el Reino"... pueden llevarnos a imágenes y concepciones que pueden inducirnos a imponernos un trabajo febril, a considerarnos como agresivos directivos de empresa o acreditados y creativos arquitectos. Es bueno que un israelita orante nos comunique su experiencia en el salmo 126:

«Si el Señor no construye la casa,  
en vano se cansan los albañiles;  
si el Señor no guarda la ciudad,  
en vano vigilan los centinelas.  
En vano se levantan temprano  
y retrasan el descanso  
los que comen el pan de fatigas;  
¡si se lo da a sus amigos mientras duermen!»

Posiblemente está escrito por alguien no muy joven y que quizá en su juventud creyó que su esfuerzo y su entusiasmo iban a hacer de él un perfecto cumplidor de la Ley, pero que, en su edad adulta, reconoce que todo lo bueno que hay en su vida es obra del Señor, cuyo amor fiel lo envuelve con la misma gratuitad con que le da el aire que respira mientras duerme.

Quizá por eso, sólo conectamos con la experiencia de este creyente cuando estamos ya un poco de vuelta de nuestros sueños de omnipotencia y eficacia. Es un momento privilegiado para la vida espiritual, porque nos sitúa ante una encrucijada:

- podemos tirar por el camino del desánimo y del escepticismo. Si echamos a andar por ese camino, probablemente acabaremos en la cuneta de una resignada melancolía o de una amargura encubierta.
- o podemos recuperar una «segunda ingenuidad », la del que ha dejado de preocuparse por sus propios resultados y se ha abierto a la contemplación asombrada de lo que Dios es capaz de hacer si uno le deja; la de quien ha llegado a la constatación sapiencial de que de lo que se trata en el seguimiento no es de hacer grandes cosas, sino de consentir en «estar» con el Hijo.

- Decir de Juan María fue un « hombre de acción » es más que una frase, es una fotografía que refleja su tono vital y su perfil espiritual. Desde su juventud, su mirada se pobló de necesidades urgentes, de un panorama humano y eclesial que le empeñaba en un trabajo sin tregua: mientras se prepara al sacerdocio ejerce la docencia, y, siendo sacerdote, como coadjutor de la parroquia, simultanea su atención al colegio eclesiástico con mil y una tareas pastorales: pasa horas en el confesionario y en el acompañamiento espiritual, se le reclama sin cesar para

predicar las misiones en las parroquias de la zona, y dedica horas al estudio y la reflexión, anima grupos juveniles.

Pero estos trabajos agotan las fuerzas, y pueden desdibujar el horizonte. Hay un período de años de su vida en que aparece en la correspondencia un conjunto de frases que quizás denotan una situación de agotamiento, de depresión, de pérdida del optimismo vital que le van a caracterizar aún en medio de las mayores dificultades. Son frases que recorren sus cartas a lo largo de unos años.

"No nos cansamos de repetir adhuc modicum!, todavía un poco de tiempo y no habrá tiempo..."

Todavía un momento y estaremos todos reunidos en el seno de Dios: adhuc modicum...  
*Toedet me vivere* (Me cansa la vida) Lo digo del fondo del corazón, y lo vuelvo a repetir, ¿cuándo entraré en la alegría de mi Dios?

*Toedet me vivere*. ¡Oh Eternidad, Eternidad!

*Toedet me vivere in mundo et conversare cum creaturis* (Me cansa la vida y me hastía el hablar con las criaturas)... ¡Hombres, retiraos, dejadme con mi Dios!...

Vamos, pues, hijo mío querido, vamos a prisa al cielo: *Toedet me vivere.*"

Están escritas en momentos de recia intemperie: muerte de su hermano Luis María, quiebra familiar, enfermedad nerviosa de Feli, él mismo afectado en el pulmón. Pero a estas circunstancias externas también se añade el descanso forzoso en la Chesnaie, el abandono de sus tareas y el agobio de no llegar en su fragilidad a poder dar respuesta a los proyectos que durante tiempo han ido tomando cuerpo en su espíritu y estallan como un huracán la tarde del 13 de noviembre de 1807, de cuatro a cinco y media, bajo la forma de un "Torrente de ideas vagas".

Habrá de encontrar el sentido de sus trabajos y afanes. Será un punto clave en su pensar y vivir, la piedra angular que le permitirá vivir desde dentro toda la actividad externa desbordante. Tendrá que descubrir que no es él quien piensa, medita, investiga, trabaja, sino que es Dios quien en él trabaja y quien de él se sirve:

« Lo único seguro es que el mejor de todos los remedios es descansar dulcemente nuestra voluntad en la voluntad de Dios, que no piensa sobre nosotros más que pensamientos de paz, que o medita sobre nuestro miserable corazón más que meditaciones de amor »<sup>14</sup>

- La conciencia de saber que Dios nos trabaja nos da una esperanza que nace de la esperanza y no de la desesperación, de la fe y no del desánimo, de la humildad y no de la pretensión de dominar la vida y el futuro.

«Veo con pena que te dejas llevar por el desaliento, eso no sirve para nada. Te recomiendo expresamente que hagas todo lo que depende de ti para reanimar tu confianza; no se debe fundar en tus propios méritos, en tu capacidad o en tu luces naturales; sino en Dios mismo, que se complace en emplear los instrumentos más viles y más débiles. Estate seguro de que no te abandonará nunca y mira como un atentación muy peligrosa los pensamientos contrarios»<sup>15</sup>

- Nuestra tentación permanente (aunque a menudo lo cataloguemos como virtud) consiste en intervenir, hacer, merecer, cumplir..., en nuestra secreta convicción de que la oración, la vida espiritual y la salvación personal y del mundo, en definitiva, son cosa nuestra, algo que depende de nuestra iniciativa, de nuestro esfuerzo, de nuestra dedicación. Sin la experiencia de que «Dios Solo basta», nos dejaremos llevar de nuestro yo compulsivo, febril y activista, que refuerza nuestra imagen de personas eficaces e importantes. Y actuaremos con la autosuficiencia de quien se apoya en sí mismo y se cierra la puerta a una gracia que siempre nos es concedida más allá de nuestros merecimientos.

El esfuerzo está orientado, más bien, a hacer disponible, vaciar el propio interior, a «adelgazar» nuestras facultades para que dejen transparentarse al Dios del que ellas surgen.

<sup>14</sup> A Padre Bruté de Rémur De ce monde-ci, 16 de agosto 1807

<sup>15</sup> A Hno Ambroise le Haiget. Paris, 14 di diciembre 1823.

Simone Weil ha dado una formulación muy expresiva utilizando una nueva imagen:

«El esfuerzo mal orientado hacia el bien, hacia Dios, se convierte en una trampa. Hay quienes buscan a Dios al modo de alguien que saltara a pies juntillas con la esperanza de que, a fuerza de saltar cada vez un poco más alto, terminaría un día por no volver a caer, por subir hasta el cielo. La dirección vertical nos está prohibida. Pero si miramos mucho al cielo, Dios baja y nos eleva. Como dice Esquilo: «Lo que es divino no cuesta esfuerzo» En la salvación hay una facilidad más difícil para nosotros que todos los esfuerzos.

En un cuento de Grimm hay una apuesta entre un gigante y un sastrecillo. El gigante lanza una piedra tan alto que tarda muchísimo en caer. El sastrecillo suelta un pájaro que no vuelve a caer. Lo que no tiene alas siempre acaba cayendo.»<sup>16</sup>

Descentrarse, saberse como instrumentos de la acción de Dios es la actitud que Juan María recomendará a los Hermanos:

«Ve que su misión tiene el éxito más admirable: no vaya a atribuísela a sí mismo; dígase a menudo que a Dios le gusta servirse de los instrumentos más miserables, para que sea evidente a todos los ojos que sólo Él es autor del bien que se hace por medio de sus pobres criaturas»<sup>17</sup>

- Madeleine Delbrel, una mística laica del siglo XX, decía: *“Señor, si tú estás en todas partes, ¿cómo es que yo siempre estoy en otra?”*. Y casi siempre esa “otra parte” hacia la que huimos es la de nuestro activismo desenfrenado, que nos hace sentirnos importantísimos cuando realizamos mil actividades en favor de Dios, gracias a las cuales, evidentemente, su Reino no se viene abajo...

Y es verdad que tenemos que hacer cosas por él, y desearte y buscarle; pero reconociendo, sobre todo, que lo nuestro es, mucho más, responder a su deseo, permanecer a la espera, salir de nuestros escondrijos, dejarnos encontrar.

De ahí, los ojos y el corazón humilde para percibir la obra que realizamos. La “gracia” del evangelio está en vivir la vida como algo en lo que tenemos que poner toda nuestra iniciativa, nuestro esfuerzo y nuestra dedicación y, a la vez, como un don que se regala.

Por ello Juan María rechazaba los consejos del sacerdote Blanc que, lleno de celo religioso, aconsejaba a Juan María algún artículo en los diarios para dar a conocer la obra de los Hermanos en las misiones, para estimular el celo y el bien de la Iglesia en Francia.

“El sacerdote Blanc querría que se hablase en los periódicos de las salida de los Hermanos para Guadalupe; yo, no quiero. Las obras de Dios no crecen más que en la sombra, y en noche es cuando cae el rocío del cielo: mira cómo las plantas pequeñas, parecidas a la mía, languidecen con el sol.”<sup>18</sup>

Y lo mismo hará cuando tenga que dirigirse a los organismos oficiales. Será enérgico para pedir y reclamar los derechos de sus Hermanos y sus escuelas, pero preferirá siempre el silencio, la más absoluta discreción, casi hasta el escrúpulo, cuando se trate de poner en valor su obra, consciente siempre de ser sólo instrumento, de saberse trabajado por Dios.

«Por otra parte, se lo confieso, tengo una gran repugnancia a hablar de las obras de las que Dios ha querido que sea instrumento; porque la gloria que viene de los hombres no puede más que hacernos daño; y esto no es sólo para mí una verdad de fe, sino también una verdad de experiencia: le ruego pues de nuevo muy insistentemente, señor, que no imprima nada de lo que le confío, y no dé copia de ello a nadie. Limítese a una simple lectura; es quizá ya demasiado.»<sup>19</sup>

<sup>16</sup> S. Weil, *L'attente de Dieu*, La Colombe Paris, 1950, p. 191

<sup>17</sup> A Hno. Hervé Monnerais. St. Brieuc, 2 de julio 1847

<sup>18</sup> A la Srta. de Lucinière. Ploërmel, 8 de enero 1838

<sup>19</sup> A Sr Rendu, Ploërmel 18 de abril 1844

- La certeza de que somos ante todo “trabajados” por Dios y nuestro trabajo consiste en abrinos a su Espíritu, es una certeza que se adquiere únicamente en la *experiencia*.

- Juan María ha vivido momentos difíciles en la elaboración con su hermano Félix de la obra “La tradición de la Iglesia sobre la institución de los obispos”. Ha pasado largas horas de investigaciones, horas infinitas de trabajo y diálogo, de apuntes y notas precisas, la urgencia del libro truncada en momentos por los descansos obligados debido a la enfermedad... y al final edición clandestina, persecución policial, huida de su hermano a Inglaterra.

Y ésta es la relectura que él hace de esos momentos. La mano de Dios los ha sostenido, es “Su” obra.

«Varias veces, agotado por el cansancio, he estado a punto de pararme en el camino y dormirme, como esos viajeros a quienes un frío mortal apresa entre la nieve; pero al fin la mano de Dios me ha despertado, animado sostenido, y los dos hermanos, apoyándose el uno en el otro, han llegado, bien que mal, al fin que se proponían alcanzar.»<sup>20</sup>

Hay un texto que presenta el mismo pensamiento de Juan María, como una convicción que vertebría su vida. Es importante contextualizarlo.

(La carta es al mismo destinatario, Bruté de Rémur. Ha sido el amigo más íntimo que ha tenido Juan María. Amistad profunda, tierna. Esta carta tiene está escrita veinte años después de la anterior. Ahora Bruté de Rémur es Obispo en Estados Unidos y llega a Francia en el momento en que Félix ha sido condenado y se extienden, como una mancha de aceite, todas las sospechas sobre el nombre de La Mennais. A Juan María, el que ha sido su amigo íntimo, le llega censurar el haber sido condiscípulo con su hermano... y dentro de un cúmulo de acusaciones y reproches le denuncia que la Regla de los Hermanos no tiene la aprobación de los Obispos bretones. La respuesta sosegada y humilde de Juan María le expresa como sí hay aprobación escrita de uno y verbal de los demás Obispos y que de conformidad con ellos, la aprobación escrita vendrá cuando escriba la redacción definitiva)

«Pide a Dios que me dirija en este trabajo (terminar definitivamente las constituciones de nuestra sociedad de hermanos), y que consolide el bien que he emprendido por su gloria. ¡Ah! ¡Si no esperara en él y en él sólo, no tendría ninguna esperanza! Obstáculos de toda clase me rodean: a menudo mi valor desfallece... Tu pobre Juan es un pobre hombre.»

.....

Somos “sujetos pasivos”  
Mirados por Él  
Amados por Él  
Trabajados por Él  
Lo nuestro es sólo abrir la puerta a Aquél que llama

---

<sup>20</sup> A Padre Bruté de Rémur; St. Brieuc, 18 de junio 1815.

**"Mira que estoy a la puerta y llamo;  
si alguno oye mi voz y me abre la puerta,  
entraré en su casa y cenaré con él,  
y él conmigo" (Ap 3,20)**

«Escribe al ángel de una comunidad ocupadísima, distraídísima y algo sorda: Esto dice aquel cuyo nombre es "Palabra de Dios", y su voz como rumor de grandes aguas:

"Conozco tu conducta, sé que tienes deseos de trabajar por la gloria de mi Dios. Y por un mundo de hermanos. Madrugas y trasnochas, te esfuerzas y te fatigas, vas y vienes de reunión en reunión, planificas y programas, defines objetivos y formulas estrategias, llevas grupos y tratas de invertir tu talento en bonos del tesoro del Reino.

Pero corres el peligro de creerte que todo el negocio es cosa tuya, y eso te tiene tan agobiada y tan tensa que, cuando un huésped desconocido llama a tu puerta, no eres capaz de oír su voz. A fuerza de trabajar para tu Señor, no encuentras tiempo para sentarte sosegadamente junto a él, y aplazas casi siempre el estar callada en su presencia.

Andas pendiente de lo que "haces", "ofreces", "padeces" o "sacrificas" en su nombre. Y descuidas, en cambio, lo que él busca prioritariamente de ti: que confies perdidamente en que, de entrada, no necesitas nada para conseguir su amor, porque ya le `has caído en gracia' al que es para ti Padre y Madre; y ese amor suyo te es ofrecido incondicionalmente, más allá de las obras que tú puedas hacer.

Y si tu Señor está a tu puerta llamando, es porque quiere cenar contigo; y lo primero que tienes que hacer es consentir en creer 'lo increíble': que su deseo de comunión y de intimidad precede siempre al tuyo; que es a él a quien le resulta un regalo tu presencia; que es él quien tiene planes e iniciativas y palabras que dirigirte; y, por eso, lo mejor que tú puedes hacer es abrir tu puerta y acogerlo. Y con él entrará también en tu corazón ese mundo sin hogar que está esperando fuera, a la intemperie.

El vencedor paseará conmigo por el jardín, a la brisa de la tarde, y yo le daré a comer del fruto del árbol de la vida. Y, cuando el día decline, me quedaré con él en su casa, y cenaremos juntos.

El que tenga oídos, que oiga lo que el Espíritu dice a las Iglesias".»

### ANEXO III

#### Para interiorizar el apartado: Trabajados por él.

- Te invitamos a que inicies escuchando el **salmo 138**. (Canción)
- En las personas que están a tu alrededor ¿Puedes ver algunas actitudes, miradas, palabras, gestos, expresiones, que tengan tu influencia, que veas tu "trabajo"? Describe
- Lee Lc 10, 38-42
- ¿Con quién me identifico y por qué?
- ¿Trabajo mucho para Dios, pero sin El?
- Cuando me siento agobiado, ¿que hago?
- Sabiéndonos trabajados por Dios ¿Quiénes fueron instrumentos en ese trabajo en mí y de qué manera?
- Escucha el salmo 61 (canción).
- Contempla en vos el trabajo que Dios ha hecho en todo este tiempo... ¿en qué te das cuenta más notablemente?
- Haz una oración de agradecimiento por el trabajo que Dios ha hecho en ti

## 2 - UNA ACTITUD BÁSICA: UNA VIDA AGRADECIDA

En la novela "El diario de un cura rural" Georges Bernanos pone en los labios del cura d'Ambricourt, con voz clara y llena de lentitud: "Todo es gracia." Son palabras que el autor toma prestadas de Teresa de Lisieux para ponerlas en boca del sacerdote.

En estas palabras encuentra su justificación la actitud más fundamental de la vida cristiana: si todo es gracia, toda la vida debe ser agradecida, cimentada en el agradecimiento que nace de la verificación que toda la realidad es dada, regalada, que toda nuestra consistencia se sostiene en Dios.

Eso es lo que dirá Charles Peguy

"Entren en mi noche como en mi casa;  
y si, a pesar de todo,  
tienen que presentarme alguna cosa,  
que sea, por de pronto, una acción de gracias  
por todos los servicios que les presto,  
por los innumerables dones de que les colmo cada día,  
de los que les he colmado hoy mismo."

Si soy plenamente consciente de que todo aquello que soy y tengo lo recibo del Padre, de la Fuente, siento al mismo tiempo que todo es gracia, que todo me ha sido dado, que también la iniciativa es una gracia del "Padre de las luces" (Jn 1,17)... Todo lo puedo en Aquél que me hace fuerte, *en tu endunamounti* (Fil 4,13), aquel que me da el dinamismo, la fuerza , en esta experiencia de mi debilidad descubro que mi fundamento (mi *Grund*) es mucho más sólido y fuerte de lo que sería si radicase en mí mismo. No puedo sostenerme solo, es mi soporte el que me sostiene: Abba, *Pater*"<sup>21</sup>

Lo mismo dirá Juan María a los miembros de los grupos juveniles (las "congregaciones") que formaba en las parroquias. En una instrucción en la que les explica el primer mandamiento, les dirá con palabras sencillas que hay dos caminos para llegar a la experiencia cristiana de Dios: la experiencia de la gracia ("Dios es la fuente") y, de manera paradójica, la experiencia de la contingencia ("nuestra miseria y nuestra nada"). Y de esta experiencia, se desprende de manera lógica la acción de gracias.

«Aunque son todavía jóvenes, alumnos míos, ¿no comprenden que nuestro propio interés debe llevarnos a cumplir con este deber, el primero de todos ellos? ¿No sentís que ya que Dios es el *principio* y el *dueño* soberano de todas las cosas, el mejor medio para obtener de él los bienes que deseamos y cuya *fuente* es Él, es *darle continuas acciones de gracias* por los que ya hemos recibido, y confesar en su presencia nuestra *miseria* y nuestra *nada*?»<sup>22</sup>

### a- Dinámica del agradecimiento

En todas las cartas de San Pablo se expresa con fórmulas cortas, densas de contenido, el vivir cristiano como vivir en reconocimiento del donde Dios

"*Doy gracias* a Dios sin cesar por ustedes, *a causa de la gracia* que les ha sido otorgada en Cristo Jesús, pues en él han sido enriquecidos en todo, en toda palabra y en todo conocimiento" (1 Cor 1,3-6).

Pero es la carta a los Colosenses nos pone ante los ojos cómo sería nuestra vida cristiana vivida en el ámbito de la «*gracia*». Y la carta , además del término gracia (*charis* en griego), echa mano de dos verbos de su misma raíz *eucharistein* (dar gracias) y *charizein* (agraciar, perdonar):

<sup>21</sup> Raimon Panikkar, *La plenitud del hombre: una cristofanía*, Editorial Siruela, 2004. p.133

<sup>22</sup> Sermones I, p.132

En primer lugar, la palabra **gracia** expresa la nueva situación en que se encuentra el cristiano a partir de la irrupción del amor de Dios que se ha hecho presente en la vida, muerte y resurrección de Jesús. De esa experiencia nace la conciencia de ser **agraciado**, de haber accedido gratuitamente a una nueva situación que desborda cualquier mérito o expectativa. Todas estas expresiones de dicha Carta a los Colosenses evocan esa situación de «*agraciamiento*»:

« Gracia y paz a ustedes de parte de Dios nuestro Padre» ( Col 1,2).

Todo ha sido concentrado en el primer apartado “**Conciencia de ser sujeto pasivo.**”

## 2- Den gracias, sean agradecidos

De la experiencia de gracia nace, en un segundo momento, la urgencia de ser agradecidos (*eucharistein*):

- Juan María tuvo un contacto profundo con la espiritualidad de Ignacio de Loyola a través de la Congregación de Padres del Sagrado Corazón de Jesús, fundada por el padre Picot de la Clorivière, a la que perteneció temporalmente. Por eso estaría familiarizado con los textos de los Ejercicios en los que se propone, ya en su inicio, el examen general y donde Ignacio recuerda que «*el primer punto es dar gracias a Dios nuestro Señor por los beneficios recibidos*» [43], agradecimiento al que se nos invita cada día. Y al final de los Ejercicios, en la «Contemplación para alcanzar amor», el autor vuelve a repetir que «*el primer punto es traer a la memoria los beneficios recibidos*» [234] y que es el «conocimiento interno de tanto bien recibido» la que nos posibilita «en todo amar y servir» [233]. El agradecimiento como actitud básica en la vida es la toma de conciencia cotidiana de lo que voy recibiendo, la acogida de los bienes que me son dados y de las personas que me salen al encuentro, el vivir no tanto pendiente de lo que yo creo que merezco y no me dan, cuento de lo que sin haber merecido, ni esperado, ni pedido, he recibido y voy recibiendo día a día.
- La vida es extraordinariamente discreta en general. No hay que esperar lo extraordinario para sentir vibrar el corazón en admirado agradecimiento.

### *La naturaleza*

Es un regalo de belleza. Siento que soy afortunado por ello. Puedo dar gracias. El sentido del agradecimiento desarrolla en mí sensibilidad para observar, contemplar, admirar y valorar las bellezas que me rodean. Esa sensibilidad propicia saludables vivencias de satisfacción y felicidad. A veces tenemos embotados los sentidos, anulada la sensibilidad, como Juan María decía a los jóvenes de las “congregaciones”.

«Dios, mis queridos niños, se muestra en todas sus obras y se le puede estudiar en la naturaleza sin descubrirle en ella a cada paso. La costumbre que tenemos de ver las maravillas que nos rodean, nos hacen menos atentos, y gozamos de los beneficios del Creador sin *darle gracias*, incluso sin admirar su poder y su sabiduría que sin embargo estallan en todas las partes del universo.»<sup>23</sup>

### *El techo, el pan y la palabra*

El dar gracias por la vida es dar gracias por el techo, el pan y la palabra. En nuestro vivir cotidiano tenemos un techo que nos acoge, un hogar en donde nos identificamos como hijos de un pueblo con sus raíces e identidad, somos de un lugar y de una gente. La acción de gracias es reconocer un don y no agradecer una posesión.

«Dios continúa bendiciendo esta obra que es ante todo la suya; no tenemos puesta la mirada más que en su gloria y Él mismo nos ayuda de manera admirable a conseguirla y

---

<sup>23</sup> Sermons I, p.1220

por eso en cada retiro tenemos que *darle nuevas acciones de gracias*; ya veis que este retiro es más numeroso que el precedente. La *casa de Ploërmel* en la que vamos a establecer nuestro noviciado principal es infinitamente más amplio y más cómodo que el de Josselin; los aientos y los recursos que nos vienen de fuera han aumentado; se van a fundar un noviciado nuevo en Fougères y once nuevas escuelas; pero lo que me consuela por encima de todo, lo que me hace concebir de cara al futuro las más dulces y más bellas esperanzas, es que se han fotificado en la práctica y el amor de la santa regla.»<sup>24</sup>

Dar gracias por el pan y la palabra supone el dar gracias por el sustento cotidiano, por el pan material y el pan de la cultura. Cuando perdemos esta dimensión de gratuitidad en nuestros "panes" y "palabras" podemos caer en dinámicas de engreimiento y orgullo sutil. Cuando olvidamos que los propios bienes culturales como el saber, la capacidad de orientarnos en la realidad, la capacidad de analizar lo que acontece, etc., son dones, los podemos convertir en una arma arrojadiza contra los no capaces, los no "cultos", los faltos de destrezas sociales.

«Háblenles de vez en cuando de las ventajas de una educación buena y cristiana; hagan que quieran estas escuelas en las que la religión les distribuye con sus manos divinas el pan de la instrucción no menos necesario al alma que lo es al cuerpo el pan material del que se alimenta, en las que se forma a la infancia en dulces y amables virtudes que constituyen el encanto de la primera edad y la felicidad de las otras, es decir, en las que se forma la hombre entero.»<sup>25</sup>

La acción de gracias no consiste en "agradecer posesiones" sino en "reconocer dones", cada día es un regalo, es un don, nuestro referente es la Vida y no la muerte, cuanto más nos empeñamos es poseer la vida más infelices somos, cuanto más nos deprendemos de ella más libres para el servicio nos encontramos.

Por eso, Juan María apelaba al reconocimiento de tanto bien recibido y a la acción de gracias para suscitar el desprendimiento lúcido y gozoso, reclamar el dar gratis.

«Agradezco a Dios las gracias que te ha hecho, y me siento muy feliz de las noticias que me das de tu nueva posición y de tu centro educativo... yo no puedo más que exhortarte a continuar dando todos tus cuidados a tus tan queridos niños.»<sup>26</sup>

## ANEXO VI

### Para interiorizar el apartado: Dinámica del agradecimiento 1 y 2.

\* La conciencia de ser **agradecido, nace de la experiencia del amor gratuito de Dios**.

1. Releo el apartado anterior en esta clave.

2. Lee 1 Tes 5,18

- ¿Soy agradecido/a? ¿A quién/ quiénes? ¿Tiene la celebración eucarística este sentido en mi vida (agradecimiento)?

- **La acción de gracias es reconocer un don y no agradecer una posesión:** ¿Es así en mi vida?

- Cuando perdemos la dimensión de gratuitidad caemos en dinámicas de engreimiento y orgullo sutil. ¿Se da esto en mi vida? Nombra situaciones.

- El sentido de agradecimiento, desarrolla también una sensibilidad para entrever lo mejor de cada persona, me lleva a buscar en los «otros» todo lo que hay de bueno en ellos, por encima o por debajo de sus limitaciones. ¿Entreveo lo mejor de cada persona, lo bueno? ¿Es esta una dinámica habitual en mí?

<sup>24</sup> Sermons II, 543

<sup>25</sup> Sermons II, 183

<sup>26</sup> A Hno Anastase Gélébart. Ploërmel; 25 de diciembre 1849

Finalmente, ese agradecimiento provoca una actitud «agraciante» (*charizein*) ante los demás, es decir, de misericordia y disposición al perdón:

«Como elegidos de Dios, consagrados y amados, reviatánse de compasión entrañable, amabilidad, modestia, paciencia; sopórtense mutuamente, *perdónense* si alguno tiene queja contra otro; como el Señor les ha perdonado, así también hagan ustedes» (Col 3,12-14).

( El “perdonarse” sería “agraciarse” en su traducción literal)

En un mero nivel humano de relación, “el sentido del agradecimiento también resitúa mi relación con los «otros». Más allá de lo negativo que veo en ellos y que habitualmente suele ser lo más llamativo y escandaloso, lo que salta a primera vista, el significado profundo de la voluntad de buscar aquello que merece ser agradecido, me lleva a buscar en los «otros» todo lo que hay de bueno en ellos, por encima o por debajo de sus limitaciones. Ser consciente de lo que aportan y de lo que me aportan. Esto es fundamental en las relaciones de máxima proximidad: con la pareja, los padres y los hijos: o con los amigos, compañeros, colaboradores... El sentido de agradecimiento, del mismo modo que permite desarrollar una sensibilidad para la belleza, desarrolla también una sensibilidad para entrever lo mejor de cada persona.”<sup>27</sup>

Juan María no querrá poner en su regla el “capítulo de faltas”. Corrección fraterna sí, pero indulgencia, dulzura, caridad ante todo

«Por el contrario yo quiero que estén llenos de indulgencia, de caridad hacia sus hermanos y que los disculpen antes de acusarlos y reprenderlos... que engorden su corazón, si se me permite la expresión, de sencillez, de dulzura, de humildad, de caridad , de alegría, y todo irá bien»<sup>28</sup>.

Y esta idea de indulgencia, perdón, “agraciamiento” es una dulce y obstinada cantinela a la hora de dar directivas en la práctica pedagógica, en las actitudes de los superiores, en las relaciones diarias: «Se gana más con la indulgencia y la dulzura que con las severidad» «Dulzura y firmeza» .

- Entre las notas del Memorial, encontramos una nota, que la tendría escrita sin duda como pauta de comportamiento personal:

«Evitar con extremo cuidado en nuestras relaciones con las personas, todo tipo de singularidad. Tener mucho cuidado de espantarlos por un exterior demasiado severo; hablarles dulcemente; tratar con consideración sus debilidades, incluso iba a decir, respetar sus defectos; nunca se sabría tomar demasiadas precauciones para no acabar de romper la caña ya cascada, para no apagar la mecha aún humeante».<sup>29</sup>

Esta gratitud activa tiene que ser característica del estilo diario de los Hermanos. Así aparece sencilla, pero profundamente marcada en las Reglas:

«Que el amor fraternal reine entre todos los miembros de la misma comunidad. Que cada uno se sienta feliz con la alegría de los demás y sufra con sus penas, y que todos se presten, para ir a Dios y cumplir su obra, mutuo apoyo evitando las contiendas, las rivalidades, las secretas envidias, las palabras de burla, todo lo que hiere, todo lo que divide y altera la caridad.»<sup>30</sup>

En esta dinámica se vive en plenitud la vida cristiana,

<sup>27</sup> Jonan Fernández ,*Educar en ser persona*, p. 61 y ss

<sup>28</sup> A Padre Mazelier. Ploërmel, 31 de agosto 1825.

<sup>29</sup> Mémorial 17-18

<sup>30</sup> Règle de 1835

Hacer del agradecer nuestra actitud básica posibilita un vivir cotidiano con otro "sabor", con otro "aire". Del agradecimiento brota un estado interior de gozo, de disponibilidad y de agilidad en el dar respuesta a las demandas de la vida, una sensibilidad más viva para percibir todo aquello que la vida cotidiana tiene de don, una generosidad mayor como actitud vital.

Nuestra actividad, nuestro trabajo... surge de un modo más natural cuando se vive desde el agradecimiento. Al surgir más naturalmente, menos forzadamente, es un esfuerzo que cansa menos, que agota menos; y vivimos nuestra tarea no como algo que nos es impuesto desde fuera, que hay que cumplir por cumplir, que nos pesa... sino como la puesta en acción natural, lógica, espontánea de los talentos y las capacidades que nos han sido dadas. Estaremos mucho menos "dependientes" de las respuestas que los otros dan a nuestra entrega y a nuestro servicio, y ello nos posibilita dar con más espontaneidad, con más generosidad, con menos cálculo; y también nos permite buscar y encontrar la satisfacción más en nuestro interior que en el exterior, lo cual es siempre más seguro y duradero.

Nuestra vida se revitaliza cuando se vive desde el don, cuando nos vivimos como hombres y mujeres agraciados. Esta revitalización será posible si no cedemos en el reconocimiento continuo que todo lo que vivimos es don y es gracia. La acción de gracias es dialogo de amor, hace falta coraje y atrevimiento para dialogar con el Amor.

## ANEXO V

### Para interiorizar el apartado: Dinámica del agradecimiento 3.

- Lee Lc 6,36.
- Lo que para Mateo es la perfección (Mt 5,48) para Lucas es la misericordia. Podríamos decir con Lucas que la MISERICORDIA ES LA PERFECCIÓN DE DIOS. ¿En tu vida, buscás más la perfección o la misericordia? ¿En qué dinámica te movés más?
- El sentido de agradecimiento desarrolla en mí misericordia y disposición de perdón. ¿Vivo esta dimensión en mi vida cotidiana? Narra una experiencia personal en donde alguien ha sido misericordioso, indulgente contigo.
- Se gana más con la indulgencia y la dulzura que con la severidad. ¿Acuerdas?
- Nuestra vida se **revitaliza** cuando se vive desde el don, cuando nos vivimos como hombres y mujeres agraciados. ¿Qué te parece esta actitud como REVITALIZADORA de la vida?

## b - Puntos críticos del agradecimiento

Todo esto es así, porque Jesús así lo vivió. Jesús lo vio todo desde el amor de Dios. Su amor de Dios como su *Abbá* amoroso no fue únicamente una experiencia cumbre ocasional. En la práctica, esto significaba que Jesús era consciente de que todo en la vida es un don de Dios, una bendición. Estaba profundamente agradecido por todo, porque todo era obra del Padre, obra de un Dios cálido, tierno e íntimo.

Pasó su vida palpitando al ritmo de un corazón agradecido que se transparentaba en palabras, gestos, actitudes. Su vida debió de estar llena de oraciones de acción de gracias. En ocasiones estas oraciones toman los mismos gestos eucarísticos de la Última Cena: levantar los ojos, pronunciar la bendición...

Hay tres momentos en que estas fórmulas clásicas en las tradiciones judías se hacen particularmente expresas y nos indican momentos profundamente significativos y que reclaman con insistencia una acción de gracias:

### 1 - Dar gracias ante un porvenir amenazador

"En aquella misma hora Jesús se llenó de júbilo en el Espíritu Santo y exclamó: "¡**Te doy gracias, Padre**, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y a los entendidos, y las has revelado a la gente sencilla! ¡Gracias, Padre, porque así te ha parecido bien!" (Lc 10, 21-23)

Muchas veces este texto nos ha resonado con timbres de amor a los pequeños, tonos de ternura, sencillez y gozo. Pero el contexto es bien otro. Desde el final del capítulo anterior, se ve que, por vez primera, su mensaje comienza a producir desconfianza, que los poderosos no lo aceptan en sus ciudades.

Siente, con toda fuerza, que su proyecto provoca ya los primeros rechazos. Los poderosos no lo van a aceptar y sólo podrá contar con el núcleo de los pequeños, de la gente sencilla. Son unos nubarrones que se asoman en el horizonte, como presagios de un futuro tormentoso. Aquí cobra un fuerza enorme la acción de gracias. Si se vive en la certeza de que el *Abbá* actúa con cuidado y amor en las acontecimientos de la vida diaria, sólo se puede decir: "¡Gracias, Padre!"

Juan María tuvo esa capacidad de dar gracias en la previsión de situaciones complicadas, de porvenires inciertos. Le pasó en su infancia, y dio gracias por su vocación y por la autorización paterna del 3 de diciembre de 1800. Vivía en Saint-Brieuc tres meses "*con los puñales suspendidos sobre nosotros, insultados y amenazados*". Pueden multiplicarse las ocasiones. Un momento en que tiene que cambiar radicalmente de visión de futuro es en el inicio del envío misionero. Un futuro incierto, difícil, imprevisto e inseguro. Y es ahí donde la acción de gracias resuena más fuerte y sentida.

«La próxima salida de once de mis Hermanos para las Colonias multiplica mis apuros: pero, sin embargo, esa preocupación me parece muy dulce cuando pienso en el bien que van a hacer: así lo considero por el bien que han hecho ya los Hermanos que los han precedido en esas hermosas misiones. ¡Bendito sea Dios! ¡Únete a mí para darle gracias!»<sup>31</sup>

### 2 - Dar gracias en la pequeñez y en la fragilidad

"Hay aquí un chiquillo que tiene cinco panes de cebada y dos peces, ¿pero qué es esto para tantos?... Jesús tomó los panes, **pronunció la acción de gracias** y se puso a repartirlos a los que estaban recostados, y el pescado igual, todo lo que querían" (Jn 6, 9-12)

<sup>31</sup> A la Srta. de Lucinière. Ploërmel, 25 de octubre 1843

En el texto de la multiplicación de los panes, es claro el carácter eucarístico que encierra, no sólo por las palabras, sino por los gestos que las acompañan. Jesús da gracias con la solemnidad de la bendición judía.

Y junto a esa solemnidad litúrgica, el texto nos perfila en el versículo 9, la fragilidad, la pobreza, la escasez:

El que posee los pocos bienes no es un niño (*pais*), sino un chiquillo (*paidarion*); los panes no son de trigo, sino de cebada; y los peces no son peces frescos del lago (*ixthus*) sino peces secos, tal vez en salazón (*opsarion*).

Es todo un contexto de vulnerabilidad personal, de pobreza de medios, de fragilidad, de falta de recursos humanos. Momento oportuno para bendecir al Señor del que todo bien procede, el que da consistencia a nuestro ser.

Todo ha procedido de Dios (Dios Solo) en la vida de Juan María. Y su obra, la que muchos han enaltecido durante su vida, ha procedido de la insignificancia. En los orígenes hay que dar gracias a Dios, por su mano bienhechora, porque no puede haber inicios más rudimentarios, discretos y pobre...

«He comenzado mi obra en mi habitación de Saint-Brieuc con dos jóvenes de la baja Bretaña, que no hablaban casi el francés y que no sabían, más que yo, lo que íbamos a hacer. Sabíamos solamente que queríamos, con la ayuda de Dios, establecer escuelas cristianas en nuestras aldeas campesinas, o donde temíamos que se iban a establecer, a pesar nuestro, las malas. Poco a poco, el grano de mostaza, se ha transformado en un gran árbol, bajo el que vienen a cobijarse gran cantidad de niños. *A Domino factum est istud.* (Es el Señor quien lo ha hecho)»<sup>32</sup>

En el crepúsculo de su vida, el 19 de marzo de 1857, en una circular, evoca la historia vivida y la relee, con mirada agradecida. Es la visión sapiencial que ha ido proyectando sobre todo lo que vivía y hacía

«Cuando pienso en el pequeño grano de mostaza que echaba a la tierra, hace cuarenta años, sin saber muy bien lo que sería de él, pero al cuidado de la divina Providencia, me es muy dulce, después de tantos años de trabajos y pruebas, ver hoy como se desarrolla vuestra obra en Bretaña, cómo se implanta en el sur de Francia y se extiende más allá de los mares. Al verlo no puedo más que desconcertarme y gritar con la Escritura: Sí, el dedo de Dios está ahí».

### 3 -Dar gracias por adelantado

En el siguiente pasaje, de nuevo aparece el matiz eucarístico expresado en el gesto de "levantar los ojos" y una acción de gracias de Jesús absolutamente sorprendente en el relato de la muerte de su amigo Lázaro.

"Jesús, otra vez muy conmovido, se acercó al sepulcro. Era una cueva que tenía la entrada tapada con una piedra. Jesús dijo:

—Quitad la piedra.

Marta, la hermana del muerto, le dijo:

—Señor, seguramente huele mal, porque hace cuatro días que murió.

Jesús le contestó:

—¿No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios?

Quitaron la piedra, y Jesús, *mirando al cielo*, dijo:

—Padre, *te doy gracias porque me has escuchado*. Yo sé que siempre me escuchas, pero digo esto por el bien de los que están aquí, para que crean que tú me has enviado.

Habiendo hablado así, gritó con voz fuerte:

—Lázaro, sal de ahí!

Y el muerto salió, atadas las manos y los pies con vendas y envuelta la cara en un lienzo.

Jesús les dijo:

—Desátelo y déjeno ir".

<sup>32</sup> Al sacerdote Boucarut, 12 de enero de 1844.

Y Jesús es capaz de dar gracias al Padre, previendo su acción salvadora. No se producido la reanimación de Lázaro y Jesús ya da gracias por haber sido escuchado. Se expresa así una profunda comunicación entre Hijo y Padre. Jesús es capaz de "predecir" el designio de salvación de Dios.

"Juan María está habitado por una convicción fundamental: después de todo, ¿qué importa lo que suceda? Los hombres no son más que instrumentos de los designios de Dios, designios siempre llenos de misericordia y bondad para sus elegidos: *omnia propter electos*."<sup>33</sup>

Por ello, tras las circunstancias difíciles o adversas, siempre ve más allá un camino de salvación que impulsa a la confianza. Estas son las claves de su dirección espiritual a los Hermanos, en abrir los ojos a la seguridad de que todo acabará bien, de que estamos en las manos de Alguien más grande.

«Ya sé qué delicada es tu posición y cuánta precaución y vigilancia exige; pero veo, al mismo tiempo, la mano de Dios extendida para sostenerte y defenderte»<sup>34</sup>

El mismo Juan María ha constatado que el futuro está en buenas manos y que las previsiones humanas han sido en su caso un fracaso estrepitoso. Por eso confesará con humor e ironía:

« ¡Ya no hay providencia! - ¿Por qué? - es que ayer en el rincón de mi hogar, arreglé todo, dispuse todo con tanta justicia y tanta sabiduría que estaba seguro de que Europa estaría en paz durante un siglo.- Y el periódico de esta mañana me ha hecho saber que Europa estaba en guerra.- Después de esto, ¡crea usted en Dios!»<sup>35</sup>

En la vida diaria...

Es la hora del atardecer y el sol tiene el color rojizo que anuncia un crepúsculo sereno. Es un otoño plácido y me encuentro, sin pensarlo, mirando el paisaje de árboles y rocas, acariciado de un aire tibio que invita al asombro.

Digo "miro el paisaje", pero no es cierto. Son las variaciones de tonos de las hayas, las rocas escarpadas donde milagrosamente florece un arbusto, el sonido cadencioso de las campanas de las vacas, los que se apoderan de mí y me "miran", me envuelven, me aturden en su belleza...

Siento que están ahí, han estado años y años ahí, pero "hoy he estado yo" a tiro de sus colores, olores, cadencias...

Experimento una emoción sobresaltada: todo este derroche de belleza no es mío, sino para mí.

Y el misterio de la grandeza que se me regala provoca en mí un susurro que luego se hace grito:

"¡Gracias!"

Y luego paso revista a mi historia: mi vida, mi nacimiento, mi familia, mi formación... Y hasta me resulta molesto escribir "mi", porque no es nada mío, sino don, regalo, ofrenda gratuita que yo sólo he recibido. Y dejo escapar, o se me escapa, ese desahogo sentido: "¡Gracias!". Es un agradecimiento que paladeo, que a medida que lo digo, habita tomo mi ser de sus ecos....

<sup>33</sup> A Querret. St. Brieuc , 30 de enero 1816

<sup>34</sup> A Hno Ambroise Le Haiget. Ploërmel, 2 de diciembre 1838

<sup>35</sup> Mémorial 32

Me detengo en caras e imágenes vivas. Y te doy gracias ahí donde te muestras como origen de una energía vital y de una fuerza de resistencia que me asombran cada día. Por eso, cuando visualizo a Eugenia, que en treinta años ha vivido ya mil vidas desgarradas, rezar en alto y decirte: «Dios mío..., Tú..., Usted me ha sacado siempre adelante...», siento que en ese «usted» está resonando la armonía del gregoriano, el esplendor del gótico y el fuego de los místicos. O cuando veo el rostro y los ojos de Raiza contando que llegó aquí embarazada de nueve meses y otro niño agarrado de su mano, y «como no conocía a nadie ni tenía a dónde ir, dormía en un banco del Parque. Pero tuve suerte, porque era verano y porque además sentía que Dios estaba conmigo...».

Y voy sintiendo, levemente, que la vida adquiere un nuevo sabor, las personas nuevo relieve, y el trajín de cada día un nuevo sentido, lleno de gozo.

## ANEXO VI

### Para interiorizar el apartado: Puntos críticos del agradecimiento.

- ¿Vivo en la certeza de que el Abbá actúa con cuidado y amor en los acontecimientos de la vida diaria (sean situaciones complicadas o de porvenir inciertos)?

- ¿Creo que realmente **todo** sucede para el bien de los que Dios ama?

- “Poco a poco, el grano de mostaza, se ha transformado en un gran árbol, bajo el que vienen a cobijarse gran cantidad de niños”. ¿Cuando las “cosas crecen y se transforman en un gran árbol”, soy agradecido con Dios o me lo atribuyo a mi esfuerzo?

- “Juan María está habitado por una convicción fundamental: después de todo, ¿qué importa lo que suceda? Los hombres no son más que instrumentos de los designios de Dios, designios siempre llenos de misericordia y bondad para sus elegidos”.

¿Vivo con esta convicción?

¿Doy gracias por adelantado por lo que me sucederá?

Frente a lo nuevo a lo que está por venir, estamos habituados a PEDIR. Pero te invitamos a ser agradecido/a frente a situaciones nuevas que vivirás, con la seguridad de que lo que sucederá será para bien, aunque no lo entiendas.

### **3 -UN APRENDIZAJE NECESARIO: LA CONTEMPLACIÓN**

Cada día somos recibidos de la mano de Dios. Toda la realidad en la que nos movemos y que nos envuelve es don, sólo desde fuera de sí misma, sólo desde Él, recibe su explicación y origen

Podemos llegar a "saber" esos principios, podemos llegar a "conocer" esas realidades, pero no es lo mismo conocer una cosa que re-conocerla. El re-conocimiento taladra la realidad hasta descubrirla como don de alguien para mí, para nosotros. Para conocer las cosas no hace falta la fe. Re-conocerlas en su calidad de don no es posible sin ella.

Para llegar a este re-conocimiento (admirada gratitud) debemos tener una actitud básica: la contemplación.

#### **a -Lo que no es contemplación**

Conviene precisar bien lo que se entiende por contemplación. En la misma palabra hay una invitación a mirar en profundidad y a admirar gozosamente la vida y el mundo; pero también es cierto que con demasiada frecuencia asociamos la contemplación con algo puramente pasivo o estético o la reducimos a una experiencia sectorial de nuestro vivir.

De forma parecida, es de todos conocida la afirmación que hizo Karl Rahner, al plantearse la figura de una espiritualidad cristiana del futuro: «El cristiano del mañana o será místico o no será cristiano». Con el término místico no designaba Rahner al sujeto de experiencias extraordinarias, sino al creyente que, en medio de la vida, hace la experiencia personal de su fe.

Análogamente la contemplación no está ligada a momentos periódicos en la vida, a ritos especiales, a ambientes específicos. El término nos puede venir asociado a « vida contemplativa » y todo el acompañamiento con que la adornamos: gregoriano, naturaleza, pájaros, fuentes en el claustro...

Pedro la palabra contemplación en términos ignacianos tiene dos momentos densos y decisivos en el libro de los Ejercicios:

Al tratar de la humanidad de Jesús, la oración deja de tener acentos muy reflexivos (oración mental) para ser contemplación: no especulación, moralismo ni discurso conceptual. Contemplar es mirar, gustar internamente, abrir los ojos del corazón para que el Dios de la vida entre y se quede con nosotros a cenar (Ap. 3,20), es **mirar con el corazón a Jesús**.

Al tratar de "contemplación para alcanzar amor", la palabra contemplación es « la entrada en el ejercicio de la percepción de la presencia de Dios en todas las cosas y, a cambio, la de nuestra presencia en Dios en todas estas cosas. Es fuente de una oración anclada en las situaciones y de una capacidad de decidirse en el día a día a obrar conforme a la acción divina<sup>36</sup> ». Es **mirar con la mirada de Jesús**.

No hay que buscar lugares extraordinarios, momentos especiales. Tenemos a mano el contacto diario por la mañana con la Palabra, para después encontrar sus huellas a lo largo de la jornada.

#### **b - Qué es contemplar**

Hay un texto de Juan María que puede ser clave para la comprensión de lo que es la contemplación.

«Mantenerse siempre en una total dependencia del espíritu de Dios y no contristarlo nunca: estar atento a reconocer lo que pide de nosotros; consultarle a menudo y cuando estamos

---

<sup>36</sup> Cf Adrien Demoustier. *Trouver Dieu entoutes choses*. Christus n. 159. p 8

dudosos del partido que debemos tomar, pedirle con un ardor nuevo que sea la luz de nuestro corazón. *Det nobis illuminator oculos cordis*<sup>37</sup>

Es en la última parte donde está condensada la que pudiera ser definición de la contemplación: ver la vida y discernir opciones con la luz de Dios. Para ello Juan María se apoya en un texto de San Pablo (Ef. 1,18): "Que ilumine los ojos del corazón". Esto es contemplar: Ver la vida con los ojos de Dios.

El contexto de este texto de Juan María es muy significativo. Se trata de una frase del Memorial, cuaderno de notas personales de Juan María, escritas desde el 1 de abril de 1809 (fecha que aparece en el manuscrito), hasta posiblemente abril de 1818. Tiene gran importancia para conocer sus preocupaciones más íntimas y su modo de reaccionar espiritualmente.

Dentro de este cuaderno hay unos párrafos, XVII, que se titulan *Avisos espirituales*: párrafos que constituyen la condensación de la espiritualidad de Juan María, que corrigió varias veces y envió a alguno de sus amigos como vademécum para el acompañamiento espiritual. La frase anterior es el primero de los Avisos espirituales.

Otro detalle importante: Se trata de una mirada que parte de lo más medular de la persona: corazón. Además de este texto del Memorial pág 15: "*los ojos del corazón*", Juan María utiliza expresiones parecidas y cargadas de la misma fuerza:

«Escuchar a Dios en la meditación; abrir *los oídos del corazón* para recibir su santa palabra» (Memorial p. 18. Avisos espirituales XI).

«Pidamos a Dios, por humildes y continuas oraciones que nos dé *la inteligencia del corazón*, sin la que no podríamos comprender nada de sus divinas lecciones ni penetrar en sus misterios» (A Bruté 2 de marzo de 1809)

El corazón en sentido bíblico como centro de la persona, no sólo de los sentimientos, sino de los pensamientos, de las decisiones, etc... el núcleo más personal, "el sí mismo".

Contemplar es, por tanto, saber ver la vida como la ve Dios y en descifrar su misterio desde la sabiduría que comunica Alguien mayor a quien llamamos Padre. Eso nos ensancha el concepto de contemplación, nos rompe las tapias de la huerta conventual en que la habíamos encerrado y nos la convierte en un parque público en el que todos estamos invitados a entrar.

Ese ha sido el camino de todos los creyentes: Así lo vivió Israel en su largo éxodo: experimentaron la presencia de Yahvé en aquella nube que les protegía en su caminar por el desierto: "cuando la nube se paraba, acampaban los hijos de Israel". (Núm. 9,17). Yahvé era para ellos un Dios nómada a quien encontraban haciendo camino y que se mezclaba con su historia. Por eso, donde otros veían sólo cosas, Israel veía signos: el agua, el fuego, la luz, la roca, la tormenta, el alimento, estaban marcados con la huella de la presencia de aquel que actuaba en su vida, que escuchaba su clamor y bajaba a liberarlos (Cf. Ex 3,7-8).

## ANEXO VII

### Para interiorizar el apartado: Qué no es y qué es la contemplación.

- a) ¿Qué entendías tú por contemplar?
- b) *Contemplar es ver la vida con los ojos de Dios. Ver como Dios ve.*
  - + ¿Qué significa ver con los ojos de Dios?
  - + ¿Cómo ve Dios?
  - + Jesús ve como Dios. ¿Cómo reacciona Jesús ante lo que ve? Recuerda, busca distintas situaciones en el Evangelio en las que esto se ponga de manifiesto.
    - + Tu mirada de la vida, ¿se parece en algo a la de Jesús? ¿En qué?

<sup>37</sup> Memorial p. 15 Avisos Espirituales

## c - La realidad, sacramento de la Presencia

Uno de los maestros de la teología medieval, Hugo de Saint-Victor funda su sistema sobre este aforismo repetido a menudo: Omnia sunt sacramenta. Todas las cosas son sacramentos.

Para los creyentes "en espíritu y en verdad", Dios emerge en la misma densidad de las cosas, personas y acontecimientos, y es ahí donde sienten que quiere ser escuchado, servido y amado. El mundo y la historia, lejos de ser un obstáculo para el encuentro con Dios, se convierten para ellos en su mediación obligada.

En esta dirección se explica el número 8 del Directorio de la Regla de los Hermanos:

«Para mantener intacto el primer ardor, el Hermano renueva a menudo el don gozoso de sí mismo (lit.: de todo su ser); pide al Espíritu Santo que abra su corazón a una fe que *le haga ver*, con la *mirada de Cristo*, el *mundo*, los *hombres*, los *acontecimientos*».

En la lectura del evangelio, empezamos a entender que ser contemplativo es entrar en contacto con la realidad como lo hacia Jesús, y que eso tiene que ver no sólo con el mirar, sino también con el escuchar, con el sentir, con el tocar, con el decir, con el callar...

Por eso llegan a convertirse en modelos de identificación el samaritano, que miró de una manera tan auténticamente contemplativa al hombre caído en la cuneta que su corazón se commovió, sus pies se acercaron al herido y sus manos se pusieron a curarlo; o aquel hombre entendido en perlas que supo reconocer entre sus manos la que de verdad valía y vendió todo lo demás para comprarla.

Contemplar la realidad es perforarla para encontrar en ella a Dios. Jesús veía lirios y pájaros, y tras ellos, reconocía un Padre de amor tierno y providente; veía una mujer radiantemente jubilosa por encontrar la moneda perdida y en ella descubría un perdón de Dios inextinguible...

A lo largo de todo el evangelio asistimos a una paciente relación educativa de Jesús con sus discípulos en la que trata de comunicarles su experiencia del Reino. Commueve ver la "pedagogía experimental" con la que tantea, ensaya, provoca, busca comparaciones y ejemplos, echa mano de un sinfín de recursos para contagiarles su manera de ver la vida. Y es que sabía que ellos y nosotros necesitamos de todo eso, como necesitan los niños los hombros de su padre para ver desde ahí la cabalgata de Reyes o el paso de alguien importante que desde abajo no consiguen divisar.

Si aceptamos mirar desde ahí, desde esa sabiduría nueva, lo que vemos no es un plus de misticismo que se añade a la vida, sino la vida tal como es vista desde el Padre. Por eso, ser contemplativo no es un lujo espiritual, sino la única manera posible de vivir en la verdad. Lo contrario de la contemplación no es eso que en la ascética tradicional llamábamos "activismo", sino algo mucho más grave: el engaño.

## d - Juan María: Dios encontrado en lo cotidiano

Juan María considera esencial *el comprender el tiempo* en el que Dios le ha hecho vivir y trabajar, como tiempo de gracia, Percibir el paso de Dios en los acontecimientos de los hombres.

«En cuanto a mí, no renuncio al estudio de la historia de estos tiempos prodigiosos a los que nos ha destinado la Divina Providencia, al estudio de esta revolución que ha agitado así nuestra cuna y que, creo, va a durar más que nosotros (lit.: nos va a sobrevivir)" ¿Hay algo más útil y más serio?»<sup>38</sup>

«Me limito a observar que normalmente no tenemos suficientemente en cuenta en todas las obras de este tipo, los cambios que se han operado desde hace veinticinco años en las ideas, en las costumbres y en los modos de vida de los hombres». <sup>39</sup>

<sup>38</sup> A Querret, 25 de octubre 1815.

<sup>39</sup> A Padre Bruté de Rémur, 26 de junio 1815

Cada día lee los periódicos, los ojea rápidamente. En la comida del Noviciado de la Congregación de San Pedro en Malestroit, se leen artículos de los diarios, para conocer y tomar el pulso del momento. Cuando viaja, lleva en su berlina cantidad de libros y diarios, para aprovechar el tiempo libre.

Juan María, penetrado de la "*espiritualidad del ahora*", no pierde ocasión para educar a sus hijos en encontrar a Dios en todo momento, con una gran libertad interior.

«Cuando has estado importunado por ocupaciones extraordinarias e inevitables, no tienes por qué volver a hacer los ejercicios que has tenido que omitir: si no, vas a estropear todo»<sup>40</sup>. «No estás obligado a hacer los ejercicios espirituales que no has hecho sin culpa tuya».<sup>41</sup>

Muy característica de esta espiritualidad ignaciana de "contemplativos en la acción" que Juan María trata de inculcar a sus discípulos es este artículo de las Reglas que se presentaba en las Reglas de 1825, 1835, 1851 y en 1865

« Cuando lleves a los niños a la misa, cuida de ellos con mucho cuidado. Las miradas que echas a los alumnos, para ver cómo se comportan en la iglesia, no son verdaderas distracciones. Todo cuanto se hace por la salvación de las almas y por la gloria de Dios es un tipo de oración que le es muy agradable ».

#### e - Un instrumento fundamental : la relectura de la vida

"*Relectura de la vida*", "*oración de alianza*", etc... son distintas actualizaciones del ejercicio que proponía Ignacio de Loyola y que el llamaba "examen".

En él no se trata de analizar lo que "yo" he hecho bien o mal, lo que "yo" he omitido, los retos que "yo" tengo que enfrentar para avanzar en el seguimiento de Jesús, en mi vida espiritual. Si así fuese, recibiría una condena expresa de Jesús por llevar una contabilidad espiritual estilo farisaica : Yo soy... yo ayuno... yo pago... yo...." . (Cf. Lc, 18, 11-12)

De lo se que trata es de reconocer el carácter sacramental de la realidad, de las personas, de los acontecimientos. Se trata de pasar revista a la jornada para descubrir el paso del Señor en ella, descubrir su rostro en la cara de las personas, escuchar su voz en las llamadas de la historia, oler el perfume de su paso en los rincones de la vida.

¿No hizo eso permanente Juan María cuando escuchó a Dios en la voz de Monseñor de Lesquen para formar una Congregación, cuando descubrió el querer del Padre en la carta de Rosamel e inció la aventura misionera, cuando en las necesidades de los más débiles descubre al Señor hecho fragilidad e infancia desprotegida?

La relectura de vida nos ayuda a ejercitar la mirada, la percepción, la interpretación, la sensibilidad para ver a Dios habitando en todo, empapándolo todo de su presencia, de su acción, nos introduce para ver cómo "está de corazón en cada cosa". Es algo de lo que nos cuenta "El principito":

«Mi vida es monótona. Yo cazo gallinas, los hombres me cazan. Todas las gallinas se parecen, y todos los hombres se parecen. Me aburro, pues, un poco. Pero, si me domesticas, *mi vida resultará como iluminada*. Conoceré un ruido de pasos que será diferente de todos los demás. Los otros pasos me hacen volver bajo tierra. Los tuyos me llamarán fuera de la madriguera, como una música. Y además, ¡mira! ¿Ves, allá lejos, los campos de trigo? Yo no como pan. El trigo para mí es inútil. Los campos de trigo no me recuerdan nada. Y eso es triste! Pero tú tienes cabellos color de oro. Entonces será maravilloso cuando me hayas domesticado! *El trigo*, que es dorado, *me hará recordarte*. Y me agradarán el ruido del viento en el trigo...»

El zorro se calló y miró largamente al principito.»

<sup>40</sup> Al Hno Ambrosio, 1824

<sup>41</sup> Al Hno Luciano, 1831

Este ejercicio diario posibilita que nuestra cotidaneidad se abra a la experiencia de Dios, que quede iluminada por ella. En ocasiones se habla de que hay ciertos contextos vitales o ciertas actividades concretas donde es más posible la experiencia personal de apertura o de encuentro con Dios. Pero la experiencia de Dios no se da nunca como un automatismo, sino que tiene mucho que ver con las actitudes con que nos situamos en la vida. Situarnos "contemplativamente" es más determinante para la experiencia de Dios que las tareas o contextos en los que estemos físicamente ubicados.

En la relectura de la vida el hombre aprende a reconocer que no se ha dado a sí mismo su existencia, sino que la recibe de otro, que él no se da a sí mismo un sentido a su vida, sino que lo recibe de Otro.

Lo importante es dejarnos modelar por esta práctica constante: "Releer la vida para en ella releer a Dios."<sup>42</sup>

## ANEXO VIII

**Para interiorizar el apartado: c), d) y e).**

*Contemplar la realidad es perforarla para encontrar en ella a Dios. En la realidad, en la cotidaneidad, DIOS está presente. Es cuestión de mirar en profundidad.*

Haz memoria de situaciones en las que has reconocido a Dios: su voz, su abrazo, su invitación, su mirada, etc. en la realidad concreta, en personas concretas, en situaciones reales. Escribe algunas.

c) ¿Te han pasado situaciones en las que vos viste la mano de Dios y otros la casualidad? Narra alguna.

d) Reza con Mateo 6, 25-34. Observa cómo mira Jesús la realidad.

e) *El ejercicio de la lectio vitae tiene la misión de ayudarnos a descubrir, leer en la realidad vivida la presencia de Dios. Hacer al final del día este ejercicio nos dispone, nos prepara, agudiza nuestros sentidos para percibir mejor a Dios.*

Búscate un tiempo al final del día para pasar el video del mismo, buscando no-tus-metidas-de-pata, sino la presencia de Dios. Es decir, dónde te topaste con Dios, qué situación fue para ti encuentro con él, palabra de él, gesto de él, etc.

d) Escribe una oración de acción de gracias por los momentos esos momentos.

---

<sup>42</sup> Supplément à vie chrétienne, n.º 354

**EDUCAR PARA LA CONTEMPLACIÓN**

DOLORES ALEXANDRE  
SAL-TERRAE 1986/12. Págs. 879-889

**¿Qué contemplación?**

Antes de ponernos a pensar en "educar para la contemplación", importa mucho aclarar a qué contemplación nos referimos, porque la palabra es peligrosa. Es cierto que hay en ella una invitación a mirar en profundidad y a admirar gozosamente la vida y el mundo; pero también es cierto que, sea por sus resonancias platónicas o por nuestra propia tendencia a escapar del esfuerzo y a pasar de largo ante las llamadas de lo concreto, el caso es que con demasiada frecuencia asociamos la contemplación con algo puramente pasivo o estético o la reducimos a una experiencia sectorial de nuestro vivir. El concepto corre el riesgo de volverse esclerótica o de quedarse encerrado junto a palabras como "quietud", "serenidad", "silencio", etc., y llegamos a considerarla como privilegio de unos pocos y a reconocer nostálgicamente, que está muy bien para los que han sido llamados a esa vida que llamamos "contemplativa", pero que se queda fuera del alcance de la nuestra, tan ajetreada y cargada de problemas.

Y si no renunciamos totalmente a ella, tratamos de introducirla como con calzador en nuestro ritmo diario o semanal: le reservamos espacios que unas veces son verdaderamente experiencia contemplativa, y otras muchas resultan sencillamente el rato de descanso que exige nuestra psicología o el rincón estético que reclaman nuestros sentidos, hartos de ruido y de zumo de néon.

Algo de eso se nos mezcla, a veces, en esos días anuales de retiro en los que cargamos nuestra mochila de experiencias monásticas y volvemos a la ciudad con la esperanza de que ese conjunto de vivencias -gregoriano, naturaleza, pájaros y surtidores en el claustro- sean la despensa de la que ir tirando a lo largo del año.

No estoy ridiculizando todo eso (admiro incondicionalmente la vida monástica y agradezco siempre poder pasar cada año unos días en algún monasterio); solamente pretendo ser lúcida y poner el nombre a cada cosa, sencillamente para no vivir en el engaño. Eso, por sí solo, no es más que un aspecto de la contemplación, y a lo mejor es necesario, pero, desde luego, parcial. Resulta un poco la versión religiosa de esa fuga hacia adelante que se da en nuestras grandes ciudades las vísperas de puente o los viernes por la tarde: unos salen huyendo para sentarse a la sombra del pino de su parcela y otros nos vamos en busca de la sombra del ciprés de Silos. Y es conveniente, justo y saludable, pero solamente si no nos olvidamos de que lo que nos va a dar sombra cuando arrecie el calor no es el ciprés, sino el Espíritu, porque lo suyo es ser precisamente eso: "in aestu temperies".

Así lo vivió Israel en su largo éxodo: experimentaron la presencia de Yahvé en aquella nube que les protegía en su caminar por el desierto: "cuando la nube se paraba, acampaban los hijos de Israel". (Núm. 9,17). Yahvé era para ellos un Dios nómada a quien encontraban haciendo camino y que se mezclaba con su historia. Por eso, donde otros veían sólo cosas, Israel veía signos: el agua, el fuego, la luz, la roca, la tormenta, el alimento, estaban marcados con la huella de la presencia de aquel que actuaba en su vida, que escuchaba su clamor y bajaba a liberarlos (Cf. Ex 3,7-8).

Más adelante, al entrar en la tierra y construir el templo, Israel sufre la gran tentación de encerrar a Dios en un espacio y un tiempo sagrados a los que acude con el culto y de los que sale tranquilizado hacia un mundo que ha quedado libre de la presencia inquietante de Dios y de sus preguntas: "¿Dónde estás?" (Gen 3,9), "¿Dónde está tu hermano?" (Gen 4,9).

Los profetas clamarán contra esta conducta, cuya gravedad más honda consiste en la sustitución del Dios vivo por un ídolo inerte que "tiene ojos y no ve, oídos y no oye" (Sal 115,5-7). Las equivocaciones de Israel las entendemos fácilmente; lo que, en cambio, nos cuesta es abrirnos a la posibilidad de oír después de ellas: "Tú eres ese hombre" (2 Sam 12,7) y caer en la cuenta de que tenemos una tendencia alarmante a reproducir el mismo esquema de aquel pueblo: nuestra vida toma fácilmente un tono de profanidad satisfecha, y Dios se queda al margen de nuestras relaciones, de nuestros pequeños mercadillos y tráficos diarios; y cuando eso nos cansa, emprendemos el retorno hacia el templo con inciensos y novilunios, repitiendo incansablemente el ciclo.

Quizá es que nos faltan modelos de identificación. Tenemos demasiada fijación en la figura de María, por oposición a la de su hermana Marta; y cuando pensamos en la veta contemplativa de Jesús, la asociamos sólo con sus escapadas de noche al monte para orar o con aquellos momentos en los que, en medio de la vida, levantaba los ojos al Padre para darle gracias o para hablarle familiarmente.

En cambio, estamos menos acostumbrados a considerar como contemplativo su gesto de echar del templo a los mercaderes o su costumbre de contar aquellos cuentos con final inesperado que muchos no acababan de entender.

Y es que el ser contemplativo de Jesús consistía, sobre todo, en saber ver la vida como la veía Dios y en descifrar su misterio desde la sabiduría que le comunicaba Alguien mayor a quien llamaba Padre. Eso nos ensancha el concepto de contemplación, nos rompe las tapias de la huerta conventual en que la habíamos encerrado y nos la convierte en un parque público en el que todos estamos invitados a entrar.

Entonces empezamos a entender que ser contemplativo es entrar en contacto con la realidad como lo hacía Jesús, y que eso tiene que ver no sólo con el mirar, sino también con el escuchar, con el sentir, con el tocar, con el decir, con el callar... Por eso llegan a convertirse en modelos de identificación el samaritano, que miró de una manera tan auténticamente contemplativa al hombre caído en la cuneta que su corazón se conmovió, sus pies se acercaron al herido y sus manos se pusieron a curarlo; o aquel hombre entendido en perlas que supo reconocer entre sus manos la que de verdad valía y vendió todo lo demás para comprarla.

Un universo de nuevas significaciones.

A lo largo de todo el evangelio asistimos a una paciente relación educativa de Jesús con sus discípulos en la que trata de comunicarles su experiencia del Reino. Commueve ver la "pedagogía experimental" con la que tantea, ensaya, provoca, busca comparaciones y ejemplos, echa mano de un sinfín de recursos para contagiarles su manera de ver la vida. Y es que sabía que ellos y nosotros necesitamos de todo eso, como necesitan los niños los hombros de su padre para ver desde ahí la cabalgata de Reyes o el paso de alguien importante que desde abajo no consiguen divisar.

Si aceptamos mirar desde ahí, desde esa sabiduría nueva, lo que vemos no es un plus de misticismo que se añade a la vida, sino la vida tal como es vista desde el Padre. Por eso, ser contemplativo no es un lujo espiritual, sino la única manera posible de vivir en la verdad. Lo contrario de la contemplación no es eso que en la ascética tradicional llamábamos "activismo", sino algo mucho más grave: el engaño. Por eso, cuando Jesús devolvía la vista a los ciegos, el evangelio de Juan habla de "signos", porque, más allá de la curación física, lo que ocurría era que alguien salía de la oscuridad y de la mentira y empezaba a ver la realidad desde la verdadera luz.

Bautizarse en Jesús es sumergirse en esa luz y entrar en un universo de nuevas significaciones. La comunidad cristiana nos va iniciando poco a poco en ese código secreto que nos permite contemplar la vida de otra manera. Lo que ocurre es que, a veces, pasan los años, nos hacemos peritos, escribas o doctores en teología y hasta en lenguas bíblicas y, a pesar de ello, la lengua de

Jesús sigue siéndonos desconocida. Y, en especial, seguimos resistiéndonos a usar como él los adverbios y los adjetivos:

-Nosotros llamamos estar arriba a ese prestigio que nos da haber atrapado cualquier tarima, escalafón, podio o taburete que nos haga sobresalir por encima de los demás. En cambio, para Jesús, arriba está el publicano que no se atrevía a levantar los ojos del suelo (Lc 18,3); o la cananea que se contentaba, como los perrillos, con las migajas que caían debajo de la mesa de los señores (Mc 7,28); o Zaqueo, a quien todos miraban por encima del hombro (Lc 19,3).

-Nosotros nos sentimos grandes cuando infundimos respeto por nuestros conocimientos, nuestra categoría personal o nuestra cuenta corriente; pero Jesús parece reírse de ese tipo de grandeza, como se ríen los niños de los gigantones de cartón de las fiestas callejeras. Y se admira, en cambio, de la grandeza oculta de toda esa gente "inferior" y "subalterna" que vive prestando servicio (cf. Mc 10,43) tan naturalmente como camareros que ignoran ser los verdaderos invitados de honor de la fiesta.

-También con el más y el menos nos hacemos un lío, porque es difícil entender esas peculiares matemáticas suyas según las cuales valían más los dos céntimos que echó en el cepillo del templo aquella viuda pobre que las grandes cantidades que echaban otros de lo que les sobraba (cf. Lc 21,14).

-Tampoco nos coinciden el cerca/lejos y el dentro/fuera: los fariseos (y fácilmente nosotros) se sentían dentro de la ley y, por lo tanto, cerca de Dios; pero resulta que los llamados al convite eran los que estaban fuera, perdidos por los caminos (cf. Mt 22,9) y el que terminó gozando en el seno de Abraham fue Lázaro, el mendigo que había estado siempre a la intemperie, a la puerta del rico (cf. Lc 16,19-31). También María Magdalena, el centurión o la samaritana y todo aquel gentío que le seguía estaban fuera como ovejas sin pastor, al margen de la salvación de Israel. Y son precisamente ésos, los últimos de entonces y de ahora, los que para Jesús son los primeros.

Por eso nos quedamos con la versión "light" de la contemplación y preferimos que no nos lleve más allá de aprender o enseñar a relajarse, crear ambientes apropiados y encender velas delante de un ícono. Por eso y todas las distintas pedagogías de oración, aunque sean necesarias, sólo son cristianas cuando están integradas en lo otro, cuando son los espacios en los que nuestra ceguera congénita se hace súplica de una luz que no nos pertenece o acción de gracias exultante cuando, como a Jesús, se nos revela algo de cómo es el mundo desde la mirada del Padre.

Tres verbos para conjugar.

Aprender a contemplar ha sido una meta deseada por generaciones enteras de cristianos, y nuestras bibliotecas están llenas de diccionarios, libros y revistas que nos hablan de ello. Sabemos lo importante que es la humildad, el recogimiento, el silencio interior, la purificación del corazón y la atención a la presencia de Dios. A todo eso me atrevo a añadir aquí tres verbos que aparecen entre líneas en el evangelio como condiciones de posibilidad para la contemplación: sospechar, asombrarse y arriesgarse.

SOSPECHAR puede resultarnos un verbo incómodo y tener para nosotros un contenido tirando a negativo. Sobre todo si somos nosotros mismos y nuestras actitudes el objeto de la sospecha. Y, sin embargo, a Jesús, que siempre está animando y quitando miedos ("¿Por qué temen?" [Mt 6,50]; "No anden preocupados" [Lc 21,22]; "¡Animo, hijo!" [Mt 9,2]), no parece preocuparle demasiado abrir los ojos de los suyos y espabilar su vigilancia para que no se fabriquen una imagen falsa de sí mismos. No los trata como a "ciudadanos libres de toda sospecha", y se ve que le parece bastante probable que ellos y nosotros vayamos por ahí tocando la trompeta cada vez que hacemos algo bueno (cf. Mt 6,2); o que, haciéndonos los distraídos, intentemos sentarnos en el mejor sitio del banquete (cf. Lc 14,7); o que sigamos empeñados en encontrar, por fin, esa aguja de ojo suficientemente grande como para que se cuele por él el camello de nuestras posesiones (cf. Lc 18,25).

Aquello de que "Jesús no se fiaba de ellos porque los conocía... y sabía lo que hay en el hombre" (Jn 2,25) podrá gustarnos más o menos, pero la afirmación no puede ser más clara. Lo que ocurre es que esa desconfianza suya estaba unida a una apuesta incondicional por cada uno de esos hombres y mujeres en su situación concreta, por más cascada y apagada que estuviera. Por eso, a la vez que llamaba al reconocimiento abatido de su propia debilidad, les transmitía la seguridad de ser aceptados y queridos precisamente así, tal como eran.

Educar para la contemplación es ayudar, desde niños, a perder el miedo a reconocer los propios fallos, a dejarse preguntar, a relativizar las propias opiniones, a dejar que otros borren lo que hemos escrito o descosan nuestros pespuntes. Y a consentir también que donde nosotros decimos "arriba, grande, más", Jesús corrija: "abajo, pequeño, menos". Sin esta actitud de dejarse descentrar de la propia percepción, nuestra contemplación no irá más allá del azogue del espejo en el que admiramos nuestro personaje.

**CONOCIMIENTO-DE-SI:** Y esto no es ascética moralista, sino camino único de posibilidad para hacernos dóciles al Espíritu, que está siempre empujándonos fuera de nuestro patio, tan estrecho, y queriendo sacarnos al espacio abierto donde hay viento y sol. El aprendiz de contemplativo tendrá que irse acostumbrando a desdramatizar sus equivocaciones, sus pequeños fracasos y ridículos, y aceptar no ser mucho más que un puñado de polvo, como nos repetía antes machaconamente cada cuaresma. Y saber también que un poco de agua y las pacientes manos del alfarero pueden convertir ese polvo en una vasija preciosa (pero no cerrarse a la sospecha de que, según se mire, a veces casi se parece más a un botijo de verbena...).

**ASOMBRARSE** es algo característico del discípulo: sólo puede aprender el que tiene viva la receptividad y la capacidad de sorpresa, el que está dispuesto a dejarse des-concertar y desquiciar, es decir, a poner en entredicho los propios conciertos y quicios. Hay que aceptar que aquel de quien se pensaba que había perdido el juicio (Mc 3,21) nos rompa el equilibrio. Hay que consentirle que irrumpa en el casillero polvoriento donde intentamos archivar su palabra entre sentencias de juiciosa prudencia y de sensatas componendas.

El asombro nos vacuna contra el virus que hace inofensivo el evangelio y que nos lleva a convertirlo en un conjunto de conocimientos bellos y pacíficos que se van acumulando en la memoria mientras la vida se queda a salvo.

"La belleza del desierto consiste en que esconde un pozo en algún lugar" decía A. de Saint-Exupéry; y el asombro es eso, andar por la vida como por un campo que oculta un tesoro, o como por un camino en el que un desconocido puede juntarse con nosotros en cualquier momento y darse a conocer al partir el pan.

Ojo al día en que no nos sorprenda que alguien haya dicho: "¡Qué suerte tienen los perseguidos!" (Lc 6,22), o que la riqueza es, de por sí, injusta, y lo único decente que se puede hacer con ella es hacerse amigos de aquellos que tienen asegurado el Reino (Lc 16,9). Si todo eso nos suena a sabido, mejor es que pidamos la excedencia como educadores de la fe y nos dediquemos a llevar la contabilidad de la parroquia. Por lo menos hasta que se nos cure la memoria de esos "sabores".

Si importa tanto cuidar la capacidad de asombro como a la niña de nuestros ojos, es porque, gracias a ella, puede nuestra mirada parecerse a la de los niños. Y sólo entonces podemos entrar en relación con los demás de esa manera desprotegida y descalza que presente siempre en los otros algo que está más allá de la imagen que nos hemos formado de ellos.

Por eso, cuando la niña de los ojos se nos enturbia, tenemos que ponernos, como Bartimeo, al borde del camino, dando voces para ser curados. Y la curación consiste en que se nos caen de los ojos las escamas del aburrimiento y la costumbre y empezamos a creernos, con sorpresa, que somos increíblemente queridos.

ARRIESGARSE a algo supone entrar en una relación especial con el tiempo: los minutos que dura la carrera de caballos, los segundos que tarda en pararse la bolita de la ruleta, el período más o menos largo que necesita para salir adelante o fracasar el proyecto en que hemos invertido nuestro esfuerzo, son medidas de tiempo intenso. Un tiempo al que hemos confiado algo que nos importa mucho.

En esa relación especial juega un papel importante la categoría de aplazamiento, y el riesgo consiste precisamente en eso, en apostar ya en el presente por un futuro que tiene toda la fragilidad de lo que aún no existe, de lo que no es demostrable ni manipulable. Las palabras de Jesús nos introducen en este extraño juego: por un lado, se refieren a un ahora concreto e inmediato: "Vende lo que tienes" (Mc 10,21), "Dichosos los no violentos" (Mt 5,4), "Tú eres Simón, hijo de Juan" (Mt 16,17), "Perdonen" (Le 6,37), y suponen con toda naturalidad que aquellos a quienes van dirigidas se arriesgarán a cumplirlas, sin más garantía que la que esa misma palabra les ofrece para el futuro: "Tendrás un tesoro en el cielo"; "ellos poseerán la tierra"; "Tú te llamarás Pedro"; "serán perdonados".

Educar para la contemplación es ayudar a otros a familiarizarse con esta "ley de período largo" del evangelio que cuenta con la lentitud con que la levadura va fermentando la masa o con la incomodidad de esperar hasta la siega para arrancar la cizaña. Y con el riesgo que supone ponerse a caminar sin bastón ni alforja, porque sólo al final se revela que ahí estaba el secreto de la libertad.

El contemplativo acepta entrar en esa otra medida que Dios tiene del tiempo, y se deja convencer de que no hay que andar agobiado por el mañana, de que lo que se siembra crece por su propio impulso sin que uno ande levantándose a vigilarlo y que, en cambio, es por la llegada siempre imprevista del Hijo del hombre por lo que hay que estar alerta.

Aprender ese ritmo de Dios supone gastar tiempo en eso, aparentemente tan poco eficaz, que llamamos oración, porque sólo ahí aprendemos a acomodar nuestro paso al suyo. Y es que desde que Adán se escondió porque tenía miedo de su presencia, parece que anda Dios buscando a alguien que se arriesgue a caminar con él por el jardín, al este del Edén. Y por si lo que nos asusta es el bochorno, suele esperar a que refresque con el re lente de la tarde...

Todo esto de sospechar, asombrarse y arriesgarse, es Jesús quien puede enseñarlo, pero es que él tuvo buena escuela: cuando empezó a hacerlo llevaba treinta años viviendo junto a una mujer contemplativa, y también él supo guardar en su corazón el eco y el talante de lo que cantaba su madre. Por eso, cuando dice cómo hay que orar, pone de modelo a alguien que, como María, se ponía en el último lugar, y Dios miró su humillación como había mirado la de ella. Y enseña, en cambio, a sospechar de la falsa imagen de hombre intachable que tenía el fariseo.

Su exclamación más explícitamente contemplativa, "Te doy gracias, Padre, porque has ocultado estas cosas a los entendidos y se las has revelado a la gente sencilla" (Mt.11, 25), o la proclamación de las bienaventuranzas, resuenan ya en el asombro con que María canta las maravillas que Dios ha hecho con ella, tan pequeña y que, precisamente por ser mujer, representa el no-poder, el no-saber, el estar en el margen. Por eso la llamarán dichosa todas las generaciones, y también porque ella es la gran creyente que se arriesgó a descubrir, ya en la opacidad de una historia dominada por los poderosos, el germen de algo nuevo que estaba a punto de estallar. María se decidió a poner su fe en Aquel que levanta a los humildes e invita a los hambrientos a saciarse en su banquete y a creer que los otros, los engréidos, los saciados, los de arriba ("¡ay de ustedes!", les dirá Jesús), resultan ser los de abajo y los de fuera.

Nadie en Israel se había atrevido a ir tan lejos en la "revolución de los adverbios" como esta mujer de Galilea. De Nazaret había empezado a salir algo bueno.

Cuando somos nosotros los educadores.

Para empezar, un "especial padres/madres": atención a ese rito secular de ir a dar las buenas noches a los niños, a arroparlos y a rezar con ellos, porque puede ser un momento importantísimo para educarlos en la contemplación. Comenzar por repasar brevemente el día con ellos, ayudándolos a descubrir y agradecer todo lo bueno y bonito que han vivido o visto a su alrededor. Este rastreo común en busca de todo lo que la vida tiene de huella del Espíritu es una ocasión preciosa para educar en el agradecimiento, la admiración y el asombro y para familiarizar a los niños con los valores (y los adverbios...) del evangelio. Este encuentro con el Jesús que está en nuestra vida puede ser la versión postconciliar del "Jesusito de mi vida...".

En segundo lugar (y sólo si se ha hecho lo primero), mirar si hay cosas por las que pedir perdón, ayudarles a reconocer sus fallos (también los propios), intercambiar reconciliaciones y pedir juntos el tratar de vivir mañana más de acuerdo con Jesús. Y un aviso importante: de los "cuatro angelitos que tiene su cama", por lo menos tres tienen que recordarle al niño sus valores y sus cosas buenas, y sólo a uno se le puede permitir hacerle algún reproche, y eso para que se dé cuenta de la alegría que da sentirse perdonado.

Y nosotros ¿dónde educarnos para la contemplación? Pues depende de cómo ande nuestra fe en aquello de que no hay que llamar a nadie "maestro ni director, porque el Maestro es uno sólo" (Mt 23,8-10). Si nos lo creemos a medias, pues acudiendo más que nada al director(a) espiritual o a cursillos, conferencias y libros.

Si nos lo vamos creyendo un poco más, a lo mejor también lo de arriba, pero además buscando al Maestro allí donde dijo que estaba: en medio de la gente que se reúne en su nombre. Por eso donde hay una comunidad, un grupo de oración, una reunión de creyentes, hay posibilidad de aprender a ser contemplativo. Porque ahí podemos recibir y darnos mutuamente el valor y la fuerza que necesitamos para mirar y afrontar la vida como lo hacía Jesús y ayudarnos unos a otros a erguirnos y a mirar hacia arriba, como hizo él con aquella mujer encorvada (Lc 13,10-17).

Esos espacios de encuentro, como también las instituciones educativas cristianas, tendrían que ser como el gancho del que se puede colgar el candil que alumbría a toda la casa y que permite contemplar, desde esa luz, todo lo que en nuestra sociedad es contrario al proyecto del Reino. Pero, para eso, es urgente que esos espacios de encuentro y esas instituciones emprendan la tarea de ser "fermento" y no "cemento", que sean "palabra crítica" y no sólo "plataforma repetidoras y que se vayan haciendo capaces de acompañar el compromiso efectivo por la transformación de esa realidad, que es la consecuencia de la contemplación.

Pero, para hacer todo eso con otros, tenemos nosotros mismos que dejarnos quitar la venda que impide a nuestros ojos contemplar al Dios vivo y entregarnos a su causa en el mundo. Y eso sólo se consigue estando cerca de aquellos que son la mejor custodia de su presencia real: los que entre nosotros están desposeídos y dejados al margen, porque es en ellos donde se nos revela el rostro del Siervo. Y cuando él venga como Señor a enjugar todas las lágrimas, se nos revelarán en plenitud los dos adverbios que esconden el secreto más estremecedor de la vida: que nuestros ojos, ya aquí habían podido empezar a contemplarlo cara a cara.